

# TRAZOS DE MEMORIA

NIÑEZ Y ADOLESCENCIA  
EN LA TUXTLA GUTIÉRREZ  
DE LOS AÑOS CINCUENTA



Andrés Antonio Fábregas Puig





**TRAZOS DE MEMORIA  
NIÑEZ Y ADOLESCENCIA  
EN LA TUXTLA GUTIÉRREZ  
DE LOS AÑOS CINCUENTA**



# TRAZOS DE MEMORIA NIÑEZ Y ADOLESCENCIA EN LA TUXTLA GUTIÉRREZ DE LOS AÑOS CINCUENTA

ANDRÉS ANTONIO FÁBREGAS PUIG



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

2018

Primera edición 2018

D.R. © 2018, Andrés Antonio Fábregas Puig

D.R. © 2018, Fondo Editorial Universitario  
Carrer La Murta 9-18  
07820 San Antonio de Portmany  
Ibiza, España  
[www.edicionesdelanoche.com](http://www.edicionesdelanoche.com)

D.R. © 2018, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas  
1ª Avenida Sur Poniente No. 1460  
29000 Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México  
[www.unicach.mx](http://www.unicach.mx)  
[editorial@unicach.mx](mailto:editorial@unicach.mx)

ISBN: 978-84-17523-16-9

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

*A Conchita Santos Marín, compañera amorosa en  
la vida y a mis hijas Mariana y Marisol, alegría  
permanente en un círculo de amor*





## CONTENIDO

Introducción . . . . .	11
Los primeros años . . . . .	13
Los sorprendentes personajes de la Tuxtla de mi infancia . . . . .	21
Personajes populares de la vida cotidiana . . . . .	27
Mis nanas . . . . .	29
La casa de mis padres . . . . .	33
Semblanza de mi padre . . . . .	39
Semblanza de mi madre . . . . .	45
La magia del correíto . . . . .	49
La cantina de don Óscar . . . . .	53
Los cines de Tuxtla . . . . .	57
Los viajes con mi abuelo . . . . .	61
El campeonato estatal de básquetbol . . . . .	67
Roberto Aranda . . . . .	73
Guillermo Escoffie . . . . .	75
El ICACH . . . . .	77

Sucesos que conmovieron a la tuxtlecada .....81

El disfrute del paisaje .....89

“Te estoy esperando como agua de mayo” .....95

El fin de año .....99

Epílogo .....103

Sugerencias bibliográficas .....111

## INTRODUCCIÓN

En el devenir de los años he atestado la urbanización de Chiapas y, con mayor detalle, la ocurrida en Tuxtla Gutiérrez, capital del estado, mi ciudad natal. Por lo menos conservo el recuerdo de lo que era Tuxtla desde los años 1950, lo que me ha permitido establecer la comparación con su situación actual. Sin embargo, advierto que hasta la fecha no tenemos un estudio detallado, sociológico, antropológico y urbanístico, del proceso de urbanización en Chiapas. De las disciplinas que conforman a las ciencias sociales en México, ha sido la antropología la que mayor presencia ha tenido en Chiapas. La lingüística y la arqueología son también importantes en el estado, junto con la historia. No así la sociología, que brilla, pero por su ausencia. Como es evidente, la antropología social se ha inclinado de manera abrumadora a estudiar a las comunidades indígenas, aunque esa situación empieza a modificarse. En parte por ello y en parte por explicarme a mí mismo cómo llegué a la antropología social, he escrito este texto de memorias de la niñez y la adolescencia. Conservo la esperanza de que otros testigos escriban, además de que mi texto se lea estableciendo una comparación con otros textos similares, como *Las viejas calles de la antigua Tuxtla* (México: Costa Amic, 1975), de Gustavo Montiel, y con los que se han escrito en general sobre Tuxtla Gutiérrez. El lector interesado encontrará al final una sugerencia de referencias bibliográficas gracias a las cuales es posible ir más a fondo en la reflexión acerca de los cambios experimentados por la principal ciudad del estado de Chiapas.

Compartí con muchas personas partes de la vida que aquí relato. Sobre todo, aquellos quienes fueron compañeros de juegos y de escuelas. No los recuerdo a todos. La memoria conserva rostros, pero se van los nombres. Sin embargo, en un esfuerzo por hurgar en los rincones memoriosos, me atrevo a mencionar a algunos:

De la escuela primaria: Jorge Albores; Rodrigo Palomino; Lesbia Campuzano.

De la *prevo*: Guillermo Escoffie; Antonio, *Tony* Gutiérrez; Juan García; Los hermanos Velasco; Genaro Estrada; Octavio Coutiño; Carlos Mota; Roberto Pérez; Nelly Zaraos.

En el ICACH: Guillermo Escoffie; Elías Díaz Nieto; Samuel León; Enrique Arriaga Concha; Augusto Orantes; Gonzalo Utrilla; Fernando Ramírez; Antonio, *Tony* Gutiérrez; los hermanos Arturo y Juan Bonifás; María Zepeda; Adela Guerra; Myriam Grajales; Carmín Cruz; Flor de María Díaz; Kay Guillén; Loló Culebro; Bety Redondo y, muy cercana a este grupo, Gertrudis Burguete.

Mi agradecimiento con las autoridades de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, a su Rector, José Rodolfo Calvo Fonseca, por el interés para que este texto se publicara. Así mismo, agradezco a Emmanuel Carballo y a su equipo de Ediciones de la Noche, por su espléndido trabajo editorial.

No omito mis agradecimientos a José Luis Ruiz Abreu, que ha sido el editor de este texto. A su experto conocimiento de la labor editorial se debe la excelente edición de este libro. A Cicerón Aguilar Acevedo le agradezco la cooperación prestada en varios aspectos para hacer que este texto llegase bien ilustrado. Mención especial hago de mi esposa Conchita Santos Marín, que leyó el texto con detenimiento y me salvó de cometer errores que hubiesen sido muy incómodos. A ella y a mis hijas va dedicado este libro.

## LOS PRIMEROS AÑOS

**N**ací en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, en la temporada de secas, el día de San Valentín, fecha de la amistad, bajo el signo de Acuario, un 14 de febrero de 1945, entrando la tarde. Mi madre tuvo el parto en el sanatorio Esquinca, en donde la atendió doña Flora Maza, la gran comadrona de la Tuxtla Gutiérrez de aquellos días y madre de mi madrina Beatriz Maza, la reconocida maestra de danza. Me tocó la primogenitura en una familia de seis hermanos: tres hombres y tres mujeres. Mi madre, Carmen Puig Palacios, era hija de Antonio Puig y Pascual y de Margarita Palacios, que también procrearon a Juan Puig Palacios, mi tío materno y único hermano de mi madre, ambos finados.



Foto 1. Mi madrina Beatriz Maza, Fernando Zebadua y Andrés. (27-Sep-1945)

Ciudad apacible aquella en la que nació. Pueblerino ámbito, cruzado hasta por 13 corrientes de agua, arroyos que desembocaban en el río Sabinal, espina dorsal del poblado. La familia de mi madre se formó con el casamiento de Antonio Puig y Pascual, catalán, de oficio relojero y librero, llegado a Chiapas en 1902, y Margarita Palacios, hija de doña Otelina Palacios, de raigambre de Terán, pueblo que fue aledaño a Tuxtla, en la actualidad delegación municipal, en el contexto de la gran ciudad. Antonio Puig y Pascual, *don Antonio, Pucha la Pascuala*, como le decía don Jorge Guillén, había llegado a las costas de Yucatán, grumete en un barco de bandera española, desembarcado en el puerto de Progreso. Él era oriundo de Barcelona, del barrio de pescadores de la Barceloneta, mediterráneo el paisaje de su niñez y parte de su juventud. Desde la península yucateca inició un peregrinar sin rumbo fijo, introduciéndose en el sur profundo del país, hasta llegar al pequeño poblado de Tuxtla Gutiérrez, una apacible tarde de algún mes de 1902. Preguntándose qué hacer en medio de aquellas edificaciones que rodeaban la placita central, escuchó a dos personas conversar acerca de una tragedia pueblerina: el reloj, situado en la torre del Palacio Municipal, marcador no sólo del tiempo, sino del ritmo al que vivía la población, había enmudecido. El responsable de mantenerlo funcionando también había callado y para siempre: el buen hombre, borracho, cayó de las alturas del Palacio y dejó el reloj huérfano de mecánico. Qué hacer ante semejante situación, se preguntaban aquellos personajes que conversaban en medio de la placita, que resultaron ser el presidente y el secretario municipal. Antonio Puig y Pascual, catalán catalanísimo, alcanzó a entender el castellano voceado de quienes conversaban y se acercó llamando su atención por su acento y al decir “yo puedo echar a andar ese reloj”. Sorprendidos de tan inusual anuncio y más de la presencia del personaje que lo emitía, acertaron a responder que lo demostrara. Antonio Puig y Pascual pidió las herramientas del caso, que le fueron proporcionadas casi al instante, y con ellas en ristre trepó la torre hasta alcanzar las entrañas del reloj. No fueron largos los minutos que tardó en descifrar el mal de la máquina. Al descender, el reloj caminaba, con el tic tac de sus manecillas marcando el tiempo de la capital de Chiapas. Ése fue el primer empleo que tuvo Antonio Puig y Pascual, convertido en relojero municipal tan sólo al llegar a Tuxtla Gutiérrez y encontrarse con tal situación tan inesperada. Al bajar de la torre ya era don Antonio Puig

y Pascual, respetable ciudadano catalán que llegaba para habitar en la capital chiapaneca y quedarse allí por el resto de sus días.

Margarita Palacios usaba el apellido de su madre, Otelina. Se suponía, según las leyendas familiares, que era hija adoptiva de esa gran señora que fue Otelina Palacios, soltera, “niña vieja”, como decían en el pueblo. Pero en mi niñez, quizás entre los seis y los siete años, mi madre me llevó a la gran ciudad de la Montaña, en medio del valle de Jovel, y en una casa clásica de los pudientes de aquellos lares me acercó a un personaje, un anciano sentado en una mecedora, diciéndome: “es tu bisabuelo”. Fueron instantes, fugaces la mirada del anciano y su caricia en mi cabeza, pronunció algunas palabras que no entran en mi recuerdo, aunque sí la salida de aquella casa, enlazada mi mano con la de mi madre. Años pasaron hasta que llegó la ocasión en que,



Foto 2. Mis padres.



preguntando, mi madre me aseguró que aquel encuentro fue real y que el personaje tan encumbrado con quien me presentó era mi bisabuelo.

No sé de cierto la forma en que se conocieron Antonio Puig y Pascual y Margarita Palacios. Alguna vez mi madre mencionó que en una fiesta preparada para que el joven catalán conociera a las muchachas casaderas de Tuxtla, había ocurrido el suceso. Lo cierto es que casaron. Don Antonio Puig y Pascual ya era el dueño de la primera librería, papelería e imprenta que se estableció en Tuxtla Gutiérrez y que llevó por nombre El Progreso. Imagino que la fiesta de boda fue en grande. Doña Otelina Palacios fue mujer de recursos y de alegría chiapaneca: marimbas, trago, tamalada, cochiteada y jolotada, baile, en fin, la “tuxtlecada” en algarabía. Lo que contrastaba con la adustez catalana de don Antonio Puig y Pascual, que sólo bebía agua y no distinguía entre un campanazo y una melodía, pero cuya afición a la comida fue proverbial, si bien nunca engordó. Vistió siempre con trajes de dril, de un color tirando a amarillo crema, con tirantes y corbata. Alguna foto lo muestra con pistola al cinto, aunque no fue hombre de violencia. Bien parecido sí era, “galán”, como decimos en Chiapas, de mirada firme y penetrante.

Por aquellos años de mi nacimiento, según se decía, los padres debían dejar en manos de los abuelos maternos la cría del primogénito. Lo cierto es que eso sucedió conmigo. Hacia los dos años de edad pasé a vivir con mis abuelos, en una casona situada en la calle Oriente, justo detrás de la Catedral. A la casa se entraba por un amplio zaguán que daba acceso a una especie de distribuidor. Al lado izquierdo estaba la sala con sus ventanales hacia la calle. En el extremo derecho de este distribuidor había un enorme tanque de agua siempre limpia y fresca. La cocina y el comedor también formaban parte de este distribuidor y, sellando este ámbito, estaba la recámara de Margarita Palacios, mi abuela. Desde la cocina se accedía al patio de servicio y a la habitación para la servidumbre. De este mismo patio arrancaba una escalera para acceder a la azotea, en donde se situaban la recámara de mi abuelo y la mía: una amplísima terraza que nos permitía observar el paisaje horizontal de los techos de teja. Olvidaba decir que justo al lado de la puerta de entrada estaba la cochera en donde mi abuelo guardaba su preciado Ford negro.

Como destellos, me viene el recuerdo de la manera en que nos sentábamos a la mesa en la casona de mis abuelos. Era mesa abundante:

pucheros, frijoles negros, tamales, corazón de chayote-la cueza-, jolote en mole, pollo juchi, filete de res (que vendía don Mariano, el carnicero *juchi*, eterno proveedor de buenos cortes), cochito, cocidos de garbanzo o de lentejas, alubias, jamón, chorizo, pan, aceite de oliva, caldo de shuti, dulce de pucxinú, chimbo, melcochas, manjar. Las aguas: limón con chía, el pozol maravilloso tanto blanco con mordida de panela como el de cacao, o simplemente el agua. La rotación de los platillos alegraba la semana. Mi abuelo solía cenar una torta de huevo con frijol que él mismo cocinaba. Lo recuerdo sonriendo mientras lo observaba lanzar al aire aquella torta y recibirla de nuevo en la sartén. *Noy* (Niño, en catalán), me decía, ésta es la manera de voltear una tortilla de huevo. ¡Con qué gusto engullía mi abuelo aquella tortilla! En cambio, yo solía cenar un par de huevos estrellados, un café con leche y un inolvidable pan de dulce de Coita: las rosquillas, el bien me sabes, los marquesotes. ¡Vaya maravillas!

Si mi abuelo sólo bebía agua, mi abuela gustaba de la cerveza. No era del agrado de don Antonio el que hubiera cervezas en la casa; pero mi abuela imponía su gusto del que, además, su yerno, el profesor Andrés Fábregas Roca, era cómplice entusiasta. Andados los años, percibí una cierta tristeza en mi abuela, mujer de prematura vejez, fallecida antes de cumplir los 45 años. Su muerte devastó a mi abuelo, más entrado en años que mi abuela, y causó que me regresara a la casa de mis padres a compartir espacios con mi hermana Margarita y mi hermano Miguel. A mi memoria llegan recuerdos de mi abuela, levantada a media noche para pelear con los espíritus frotándose los ojos con *cheles* de perro. Solía acudir a un lugar en Tuxtla llamado “el recinto”, ámbito de invocación de espíritus y fantasmas. La recuerdo también en una casa en Berriozábal que mis abuelos rentaban para que doña Margarita pasase temporadas, sobre todo durante los meses de mayores calores en Tuxtla. Era toda una odisea llegar en aquellos días a Berriozábal. Mi abuelo poseía un Ford de color negro, uno de los pocos autos que circulaban en Tuxtla; en ese auto transportaba a mi abuela hasta aquella casa situada en el *boulevard* de entrada a Berriozábal, cuando los espacios que hoy ocupan la gasolinera y otras construcciones eran un amplio llano de pasto verde. Tardes enteras las pasé allí jugando, volando papalotes o simplemente acostado en el zacate para gozar el atardecer mientras veía el caminar de las nubes. Mi abuela organizaba fiestas en grande en aquella casa, con la música

de la marimba sonando mientras los zapateados o los vales eran interpretados por los bailarines, *los bolos*, riéndose a mandíbula batiente. Recuerdo a los jolotes degollados, colgados de las patas, mientras se desangraban; con su sangre se hacía la moronga, mientras sus partes se consumían empapadas de mole dulce chiapaneco, acompañadas con las tortillas de un fuerte sabor a maíz. Pero llegaba el día en el que el Ford negro hacía su aparición con mi abuelo al volante y había que regresar a Tuxtla, a la casona de la calle Oriente, a la rutina de la vida cotidiana. Por cierto, a los autos se les nombraba “turismos”, como se hace aún en España, pero el vocablo se ha perdido en la Tuxtla Gutiérrez actual.

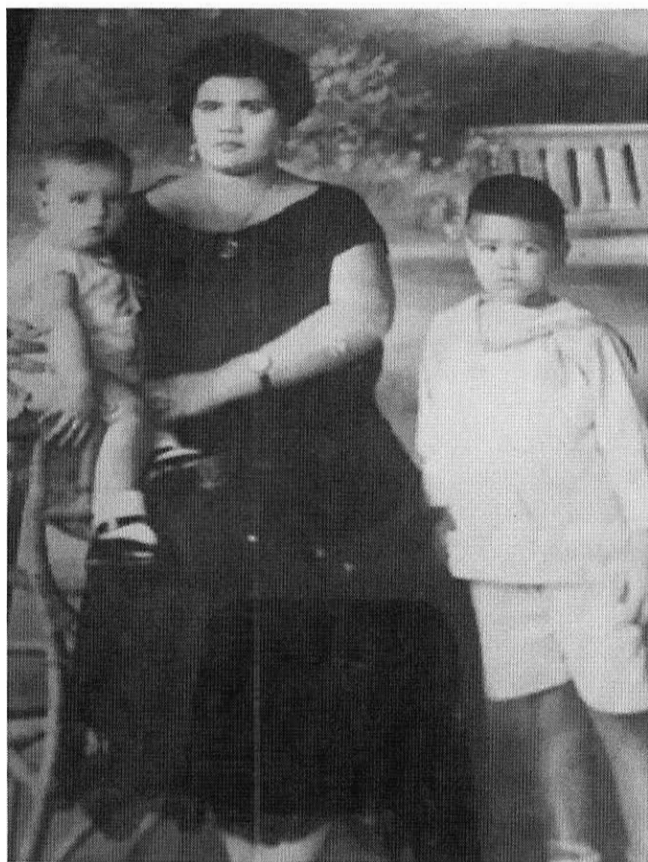


Foto 3. Mi abuela Margarita Palacios con mi madre en brazos y mi tío Juan Puig Palacios.



Foto 4. Mi abuela Margarita Palacios. Septiembre/30/1943.

Por aquellos días tranquilos de una ciudad de relaciones cara a cara, las actividades se normaban por el ritmo campesino. Levantarse temprano y acostarse igual. A la escuela se ingresaba a las siete de la mañana y se salía a las doce, el medio día de aquellos años. A la mesa, las familias se sentaban a comer entre las 12:30 y las 13 horas. Antes, al levantarse, el almuerzo se servía a las seis de la mañana. Entre las 10 y las 11 no podía faltar el pozol en sus variantes de blanco o de cacao. Los comercios cerraban desde las 12 hasta las 16 horas, el momento de la comida y de la siesta, para abrir a las cuatro de la tarde y cerrar hacia las ocho, una hora considerada muy noche en aquella Tuxtla de los árboles de nambimbo y flamboyanes. Entre las seis de la tarde y las ocho de la noche se cenaba; la tuxtlecada solía acudir a las cenadurías a consumir garnachas, empanadas, pollo de pollera, tamales, café con leche y pan. Hacia las diez de la noche, un viento tibio cruzaba la pequeña ciudad de calles vacías de transeúntes. Sólo uno que otro grupos de trasnochados, *bolos* rezagados, como suspendidos en la noche, buscaba dónde dormir.



## LOS SORPRENDENTES PERSONAJES DE LA TUXTLA DE MI INFANCIA

En la casona de la calle Oriente y después de la comida solía asomarme por la ventana de la sala. Allí, me intrigaba observar el movimiento de la calle, sobre todo, lo que sucedía en la fábrica de hielo situada justo en frente de la casa de mis abuelos, perteneciente a don Vicente Rubiera Cué, inmigrante español sin nada que ver con los republicanos y radicado en Tuxtla. Pero la animación mayor eran los locos sublimes que en aquella ciudad de tiempos tropicales, noches tibias y recia lluvia, desfilaban por las calles. Los veía venir desde la ventana. La curiosidad me agujoneaba. De pronto se oía el sonar de los *chinchines* agitados por las manos de *Juana La Loca*, que cargaba un enorme animal de madera a la espalda y danzaba frenéticamente. La muchachituda la seguía gritando e imitando su danza. Era completamente inofensiva, abstraída en su baile, como creando un mundo en el que sólo ella podía habitar. La danza era fuerte, con pisadas rítmicas y firmes, sonoras al encontrarse con el piso de las calles empedradas de Tuxtla. Emitía chillidos, como de una gran nostalgia, como añorando otras nubes y otros árboles, como si hubiese nacido en tierras lejanas. *Juana La Loca* era su apelativo, pero nadie sabía por qué; ni siquiera si su nombre era Juana. Así como aparecía, su figura se iba diluyendo en el atardecer mientras la chiquillada regresaba a los juegos de canicas o al yo-yo, o al balero, o al arrastre de los carritos de madera, mientras el sonido de los *chinchines* se apagaba. Nadie supo en dónde vivía Juana La Loca, en qué lugar pasaba la noche, con quien comía o platicaba. Se aparecía siempre en las tardes, como disfrutando de una danza que anunciaba el relevo del Sol por la Luna.

Por aquella ventana vi en innumerables veces a *la Rita*, una mujer de edad intemporal, de rápido andar, fluida su habla para insultar y repeler los gritos de los niños y los adolescentes. Apenas descubierta su presencia, el griterío infantil se unía en una sola voz: “¡Rita, mañana

es domingo!”. La mujer se estremecía al escuchar la frase. La tensión recorría su cuerpo. Su respiración se agitaba mientras sus piernas alcanzaban velocidades impensadas, persiguiendo al niñerío alborozado. “¡Rita, mañana es domingo!”, gritaban nuevamente los pequeños. La respuesta no se dejaba esperar: “¡Sos un hijo de tu puta madre, desgraciado, mal nacido!”, gritaba la Rita. “¡Tu padre también es un hijo de la chingada, cabrón nacido en lodazal, en el achihual!”. “¡Hijos de su puta madre, párense, les voy a jalar lo que tienen, cabrones!”. La “muchachitada”, lejos de ofenderse, reía a carcajadas, cayendo algunos presos de la risa y las convulsiones, para levantarse prestos antes de dejarse atrapar por aquella anciana convertida en energúmena. Yo seguía aquella escena desde la ventana, sin poder contener la risa ni las ganas de gritar “¡Rita, mañana es domingo!”, mientras cerraba apresurado las ventanas al ver que aquella mujer, invadida por la ira, volteaba hacia mi puesto de observación. Corría la versión en Tuxtla de que a la Rita se le había muerto el marido en un día domingo, además de llamarse Domingo. La mujer enloqueció ante el suceso. Perder a su compañero de vida le significó un golpe del que jamás se recuperó. Por ello, al escuchar el grito que los niños le lanzaban, se salía de sus escasas casillas porque le recordaba al muerto y el fatídico día de su deceso.

Aún en mis años de estudiante de preparatoria deambulaban estos locos memorables en Tuxtla Gutiérrez. A varios de ellos los conocí durante mi niñez en la librería de mi abuelo. Sucedió que por las tardes, después de la escuela, me iba con don Antonio Puig y Pascual a pasar el tiempo leyendo o dibujando o, mejor aún, en la imprenta de pedales, en donde me embarraba de tinta además de asombrarme ante el prodigio del papel impreso. Uno de los locos que más me impresionaban era Chéncho Cabrera, singular figura de aquella ciudad que ha dejado de existir. Chéncho Cabrera era un hombre de mediana estatura, desarrapado él, pero siempre limpio. Lucía una gran barba negra patriarcal. Llevaba en su mano derecha un bote que mi abuelo le llenaba de café caliente conservado en un termo. Don Antonio cargaba ese café para dárselo a Chéncho todas las tardes. Aquel loco entraba a la librería, saludaba con respeto y estiraba la mano con el bote. Mi abuelo le decía que de inmediato se le serviría su café, mientras lo vertía en su recipiente. Lo primero que Chéncho hacía era meter las barbas en el vapor. Su goce era notorio. Toda su faz se iluminaba ante

el disfrute de la barba recorrida por la emanación del café. “Uuuuuh” decía Chencho, “Uuuuuh”, mientras su barba se inundaba de aquella humedad. Mi abuelo reía mientras le aconsejaba a Chencho que se portara bien y ponía en el bolsillo de su raída camisa una moneda de a peso, que en aquellos años era una fortuna. Mi curiosidad hizo que innumerables veces me acercara al personaje para observarlo. Quizá trataba, en mi mentalidad infantil, de explicarme aquella existencia, sus misterios, su destino. Chencho Cabrera me miraba mientras seguía disfrutando su café, ahora a sorbos, después del ritual de la barba. ¡Tengo un recuerdo tan vívido de este personaje! Símbolos fueron todos estos locos de lo que era una vida pueblerina sin complicaciones, que no sin complejidades.

Pero el loco más lúcido de todos los locos de aquella Tuxtla perdida, fue Tío Ruma. ¡Vaya personaje! Llegaba a la librería de mi abuelo por las mañanas, alguna de ellas, presente yo porque había suspensión de clases escolares debido al espíritu festivo de nuestro pueblo. Tío Ruma se semejaba a la figura de Don Quijote, sólo que él a pie, con traje y sombrero y sin un Sancho Panza de escudero ni una Aldonza Lorenzo que le atormentara el alma. Era periodista de lengua barba y rostro afilado. Editaba un diario que él escribía por las noches con las noticias que escuchaba en la radio. Su periódico se llamaba *La Estrellita del Oriente*, y quien posea hoy un ejemplar del mismo, tiene un tesoro entre sus manos, la prueba de que sí se puede ser honesto en un mundo descompuesto por la avaricia y el deshonor. Tío Ruma, don Romualdo Moguel, distribuía su *Estrellita* por toda la ciudad, arrojándolo por las ventanas en forma de cucurucho. Lo dejaba allí en donde sabía que sería leído. No aceptaba dinero, si acaso, algún donativo para adquirir la tinta y el papel. ¡Qué contraste con la actualidad! Tío Ruma escribía las noticias más disímbolas, desde las atrocidades de la guerra hasta las cotidianidades de la gente. Debería tener una estatua en Tuxtla, pero la ciudad aquella ya no existe, ya no hay espacio para el recuerdo de personajes que partieron con los tiempos idos. Quienes somos sobrevivientes de aquel orbe singular, los llevaremos en nuestro veliz memorioso hasta que nos despedamos. Recuerdo al Tío Ruma conversando con mi abuelo, gesticulando, afirmando la importancia del periodismo, de la libertad de la palabra. “Si presa es ésta, la esperanza está yerta”, afirmaba el singular periodista. Tío Ruma tuvo la cordura de poner al servicio del periodismo libre, su vida y su



talento. Hoy ello suena a gazmoñería barata, a sueños de un loco, a utopías de los que han perdido el rumbo.

Había más locos memorables en aquella ciudad breve. El ingeniero Zanate era uno de ellos. Contaba que había estudiado en alguna universidad y que era ducho en el oficio de construir. Se vestía bien, con traje negro y corbata, ¡en aquellos calores! Hacía operaciones aritméticas que sólo él entendía. Un día, nunca se supo quién, lo colgaron de un poste y así terminó sus días. Otro personaje inolvidable era un *bolo* filósofo que disfrutaba haciéndonos ver cuánto ignorábamos de la matriz de la filosofía occidental. Nos esperaba a la salida de la secundaria, de la Escuela Prevocacional, “La Prevo”, y nos seguía haciéndonos preguntas sobre Séneca, Sócrates o Aristóteles, riendo y burlándose porque no sabíamos qué responder. Un día no lo vimos más. Desapareció sin dejar rastro. ¿Quién sería aquel personaje? ¿Algún sabio que decidió vivir de vagabundo? Nunca lo sabremos, jamás nos mencionó su nombre ni de dónde vino o qué buscaba. Pero el más temido de estos personajes era *la Chita*, una horrible mujer que deambulaba por las calles de Tuxtla con un letrero al frente, un tosco cartón, en el que estaba escrita su petición de limosna. Era temida porque por una moneda de 10 céntimos se acercaba y besaba a su víctima. Sobre todo, en las colas que se formaban los domingos para entrar a la matinée en el cine Alameda, de pronto aparecía la Chita y, apretando con fuerza a su víctima, le plantaba besos babeantes que eran coreados por las risas de quienes habían pagado por ello. La Chita también reía mostrando los cuatro dientes que aún le quedaban en aquella cavidad recipiente de olores putrefactos. Por eso eran tan temidos los ósculos de la Chita. Era imposible recibirlos y no huir al instante para lavarse con lejía.

Por aquellas calles de Tuxtla también caminaba *el Patachete*, el cargador de muertos. Era un hombre fuerte, de cuerpo grueso, charrón, mal encarado, bigotón y belludo. Su oficio era llevar a los muertos que no tenían quién los reclamase. Envolvía el cadáver en un petate y, con esa carga sobre la espalda, caminaba las calles de la ciudad dirigiéndose al panteón para sepultarla. A su paso se cerraban las puertas de las casas mientras la gente hacía la señal de la cruz o murmuraba un rezo apresurado o recurría a santiguarse. Años después de estas vivencias, habiendo conocido Tunja, Colombia, acompañado por el antropólogo chiapaneco Carlos Uriel del Carpio, volví a observar a los locos de las calles. Tunja es famosa por su hospital psiquiá-

trico, que visitamos. Fuimos bien recibidos. Durante la conversación con quienes atendían aquel nosocomio se nos dijo que aquellos locos deambulaban por la ciudad sin hacer daño a nadie y regresaban por las noches, a cenar y a dormir. Uno de los psiquiatras me obsequió un libro titulado *La cotidiana negación*, en donde se expone la teoría de que, andando en libertad, aquellos locos reciben su mejor terapia: el contacto con otros seres humanos. La Tuxtla de mi niñez fue escenario de lo que hoy es un logro científico en Tunja.



Foto 5. Carmen Puig Palacios con una amiga. Sentado en el balcón, Jorge Ballinas. Tuxtla Gutiérrez.



## PERSONAJES POPULARES DE LA VIDA COTIDIANA

En cambio, al grito de “¡nieve, nieve!”, que emitía don Pedro empujando su carrito con los recipientes que contenían el ansiado producto, la gente salía de sus casas, se arremolinaba para pedir su barquillo. “¡Nieve de limón, para el varón o nieve de piña, para la niña!”, gritaba don Pedro, calzado con gruesos huaraches. Los barquillos se multiplicaban para ser depositados en las manos de los clientes impacientes por saborear la nieve y librarse del sofocante calor tuxtleco. Don Pedro llegó a ser un icono de la ciudad, un trabajador sencillo que animó la vida pueblerina. No puedo recordar a la Tuxtla de mi niñez sin don Pedro, personaje que marcaba un tiempo en el que la risa, la algarabía, las relaciones de cercanía recorrían las calles de aquella ciudad chiapaneca.

Además de la librería de mi abuelo, el señor Benítez atendía su propio local, justo al lado del cine Alameda. Era una librería extraña, tanto como su dueño. El señor Benítez tenía fama de poseer un acentuado mal genio. Parecería que le dolía vender sus libros, que eran parte de su vida, como incrustados en su cuerpo, formando parte del mismo. Algunas veces que entré a esa librería pude cruzar escasas palabras con el señor Benítez acerca de los libros de Emilio Salgari, Alejandro Dumas o de Edmundo de Amicis. Nunca tuve un mal trato de su parte. Él conocía bien su librería, su acervo, porque localizaba de inmediato los títulos solicitados. Era un hombre enigmático, huraño, adusto el rostro, casi inexpresivo. Un día, Tuxtla amaneció con la noticia de que la librería del señor Benítez se había quemado, consumiéndose totalmente hasta quedar apenas un montón de cenizas. El fuego lo devoró todo, incluido al señor Benítez, que prefirió morir entre sus libros, tea el mismo, que sufrir la visión de su propia vida convertida en cenizas.



## MIS NANAS

En el barrio de San Roque, muy cerca del “mercado grande”, habitaban una casa mis nanas, Florita y Clarita Aguilar. Vivían con su padre, un anciano a quien llamábamos el *tío Pichi*. Llegar a esa casa era un disfrute. Mis abuelos me depositaban allí para que me pasara las tardes, después de haber regresado de la escuela y disfrutado la comida. La casa estaba construida bajo el nivel de la calle. La puerta de madera era de cuatro hojas. Las dos de arriba permanecían abiertas y por allí penetraban los ruidos de la calle. Siempre entré en tropel a esa casa. Al traspasar la puerta, unos escalones llevaban a un amplio espacio dispuesto como sala. Este espacio se dividía con una mampara de tela habilitando el dormitorio de Clarita y Florita. Una puerta situada en medio de la sala permitía el acceso a un corredor en cuyo extremo oriente se localizaba un pequeño cuarto en el que dormía el tío Pichi y, junto a éste, el baño. En el extremo oeste estaba la cocina. En medio del corredor, una sencilla mesa de madera con cuatro sillas la hacían de comedor. El corredor daba paso a una huerta, que era lo que más me atraía. Florita y Clarita sembraban allí árboles frutales, mangos y papausas, naranjos y limoneros, además de tener alcaravanes, gallinas y jolotes, todo vigilado por el Conejo y el Amigo, los perros fieles con los que jugué de niño. La huerta de la casa de mis nanas me alentaba la imaginación, me hacía sentir en los mundos de las novelas de Emilio Salgari. El rápido caminar de los alcaravanes, su aparición repentina en medio de las plantas, me transportaban a paisajes selváticos, a sonidos de río y viento. ¡Qué prodigio! El Conejo y el Amigo corrían junto a mí advirtiéndome con sus ladridos de la presencia de las lagartijas. Los árboles de mango se me aparecían inmensos, vigilantes de la huerta, dadores de un fruto cuyo sabor me sabía a arraigo tuxtleco y hoy me transporta a los días de mi infancia en Tuxtla Gutiérrez. Al pardear la tarde, un viento fresco recorría a la capital chiapaneca y también las voces de la Clarita y la Florita que me

llamaban para tomar café con pan. “Vení, Andresito”, llamaban, “aquí está tu marquesote, tu rosquilla, tu bien me sabes”, los nombres del pan de Coita, que habían sido adquiridos por la mañana. ¡Que alegría abrazar a mis nanas! Y recibir la tasa de café humeante en donde se remojaba el pan, delicioso pan, añejo recuerdo de la sencillez de la vida. Sentado yo, de pie mis nanas, con el Conejo y el Amigo echados a mi lado, el disfrute de aquel café y los panes se convirtió en costumbre. Fueron momentos forjadores de mi espíritu.

Florita y Clarita eran mujeres zoques, hermanas que renunciaron al matrimonio para cuidar de su padre, el tío Pichi. ¡Qué personaje! Lo recuerdo, aunque su rostro, con el pasar de los años, se me ha hecho difuso. Pero su figura, vestido con el traje zoque, todo de blanco, con su bastón, aparece en mi mente con claridad. Montado en sus piernas jugué con el tío Pichi, que reía a carcajadas mientras me hablaba en el complejo idioma zoque, el sonido de la palabra de los antiguos habitantes del Valle de Coyatocmo. Solía salir a caminar en aquella Tuxtla de escasos autos. El tío Pichi caminaba en medio de la calle. Para él, no existían las banquetas. La gente lo saludaba con familiaridad y afecto. Había sido campesino toda su vida, cultivador del maíz y de las plantas que alimentaron la visión del mundo de la cultura zoque. Era sobreviviente de una Tuxtla que todavía al despuntar el siglo xx era un poblado zoque, de amplias huertas y de campos de cultivo. Los zoques ocuparon el valle que recorre el río Sabinal desde tiempos inmemoriales, como lo testimonian los restos arqueológicos. De ese mundo venía el tío Pichi. Cuando murió, la casa de la Florita y la Clarita se llenó de tristeza, de llanto, de un lamento largo.

Llegó el día en que debía trasladarme a la Gran Tenochtitlán, la Ciudad de México, por el imperativo de continuar estudiando. Una tarde antes de la partida llegué a casa de mis nanas a despedirme. “¡FLOORITA, CLAAARITA!” grité desde la puerta. Las dos mujeres acudieron prestas a mi llamado y abrieron las hojas de aquella puerta cuyo umbral traspasé tantas veces. Sentados en las sala, Florita y Clarita me escucharon viendo fijamente mi rostro, siguiendo mis palabras, ponderando mis argumentos de por qué me alejaría de mi ciudad en busca de nuevos horizontes. Calladas, Florita y Clarita se pusieron de pie. Tenían dotes histriónicos notables. Haciendo uso de los mismos y turnándose la voz, me abrazaron y finalmente, con solemnidad, me dijeron: “Te vas vaina, no vengás machete”. Sabiduría pura. Visión



Foto 6. Mi abuela y mi tío Juan Puig Palacios en primera plano.  
Alrededores de Tuxtla Gutiérrez.

ancestral de la vida. La sabia de los zoques que recorre el mundo tuve el privilegio de recibir en aquella tarde. Quizá nunca termine de aquilatar el valor de haber escuchado a aquellas mujeres y haber sido influido por su visión del mundo, su sentido de la vida, su firmeza. La Florita y la Clarita significaron siempre una referencia y lo siguen significando. Murieron cuando yo estaba lejos de Tuxtla Gutiérrez. Lamenté no haberme despedido de ellas, no haber estrechado sus manos que tantas veces acaricié, no haber observado la serenidad en sus rostros al recibir a la muerte. Tuve el privilegio de tocar la historia cada vez que conversé con estas mujeres. En alguna de nuestras muchas conversaciones, ellas me respondieron, cuando pregunté qué pasó al llegar los españoles: “Cuando llegaron los españoles, se quedó mestiza la palabra”. Lección inolvidable del valor de la conversación y de las palabras mismas. De hecho, la Florita y la Clarita me mostraron la raíz profunda de la tradición oral, que años después, en las aulas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), discutirían mis maestros al tenor de las páginas del libro de Jan Vansina, *La tradición oral*. Aquellas mujeres nunca caminaron el mundo, pero lo conocían a través de la palabra. Fui privilegiado al recibir esa enseñanza. La Clarita y la Florita pensaban enraizadas en la sabiduría ancestral del pueblo zoque, lo que las hizo mujeres felices que disfrutaron su huerta, los árboles y las flores, la compañía de los perros, el olor suave de las frutas, el sabor de la mistela, la seguridad en uno mismo que otorga el pozol bebido en jícara. Ellas hacían sencilla la complejidad.





## LA CASA DE MIS PADRES

Estaba situada en la Primera Avenida Sur número 40. Era casa de patio y traspatio, muy grande, construida con la guía y el financiamiento de mi abuelo don Antonio Puig, quien dirigió a los albañiles. Unas gradas precedían a la puerta que daba entrada a una suerte de salita de recepción. A la derecha se situaba una espaciosa habitación en la que estaba la biblioteca de mi padre, el profesor Andrés Fábregas Roca. Un balcón hacia la calle iluminaba esa estancia, muy agradable, en la que mi padre pasaba horas leyendo y escribiendo. En esa biblioteca preparó innumerables clases impartidas en la Escuela Preparatoria del legendario ICACH. En esa biblioteca comencé mi camino de lector. También, allí estaba el RADSON, el radio y tocadiscos, todo en un solo mueble, en el que mi padre escuchaba estaciones de radio de varias partes del mundo. En ese aparato escuché los discos que mi madre compraba, aprovechando las horas de la siesta de mi padre para tomar posesión del aparato y disfrutar de la música de las grandes bandas, los cantantes de moda, las marimbas, el mambo, las orquestas de danzón o los tríos. Fue en esa habitación biblioteca en donde mi madre me enseñó a bailar los diferentes estilos de moda en aquellos días, especialmente los ritmos de marimba y los danzones.

La noche del 6 de noviembre de 1957, cumplidos mis once años, reunidos frente al RADSON, mi padre y yo escuchamos la transmisión de la pelea por el campeonato mundial de peso gallo, entre el ídolo de las masas mexicanas Raúl *Ratón* Macías y el campeón, el boxeador argelino-francés Alphonse Halimi. El célebre combate se llevó a cabo en el Wrigley Field de Los Ángeles, California. El pueblo mexicano se paralizó esa noche y la ciudad de Tuxtla Gutiérrez no fue la excepción. Momentos antes de iniciarse la pelea, mi padre me confió su opinión de que ganaría el *Ratón*, aunque no sin pasar apuros. Aún tengo en mi cabeza el campanazo inicial de la pelea. Conforme avanzó el *match*, mi padre se emocionaba al grado de levantarse y hacer “boxeo de som-

bra” tirando *jabs* y ganchos, a izquierda y derecha, animando al Ratón como si éste pudiese oírlo. Conforme avanzó la pelea, mi padre me advirtió, con semblante preocupado, que el Ratón estaba perdiendo. Sufrimos bastante la pelea, sobre todo porque mi padre se lamentaba de lo que se escuchaba: al Ratón le estaba dando una lección de box el boxeador argelino-francés. Al terminar la pelea, mi padre apagó el radio y me mandó a dormir, sin más. Años después, por una de esas vueltas del destino, estando en mi oficina de asesor del gobernador del estado, Pablo Salazar Mendiguchía, respondí a un llamado de este último. “Nos vemos en El Asador Castellano para comer. No faltes porque llegará gente que te dará gusto conocer”. En efecto, puntual, me presenté al afamado restaurante para ser conducido al salón privado en el que el gobernador recibía a sus invitados. Mi sorpresa fue mayúscula. Allí estaba el mundo del boxeo mexicano y, entre ellos, el Ratón Macías. Me habían reservado un lugar a su lado. Me presenté, nos estrechamos las manos y conversamos durante la comida. Le describí al Ratón aquella noche del 6 de noviembre en la que mi padre y yo escuchamos la pelea contra Halimi. El Ratón me escuchó decir: “sufrimos mucho porque ibas perdiendo”. El Ratón Macías, haciendo gala de un excelente sentido del humor, me respondió: “Más sufrí yo con los chingadazos que me daba Halimi”. Nos reímos e incluso compartimos nuestra conversación con la mesa, a la que recorrió la hilaridad ante la anécdota. Casi al despedirnos, comenté con el Ratón que mi padre había boxeado en sus días de estudiante en la Facultad de Medicina en Barcelona. Mi padre me había relatado que perdió el campeonato universitario porque la tarde de la pelea, por no desairar a mi abuela, había comido todo lo que ésta le puso enfrente. Al primer *round*, Siscar, su adversario, con un gancho al estómago, se lo vació. Fue descalificado al instante. Reímos con el Ratón, al que no volví a ver. Murió en la Ciudad de México al no poder vencer al cáncer; su último rival, un 23 de marzo de 2009.

Por la salita de recepción se pasaba, puerta de por medio, a un amplio espacio en el que, a la derecha, estaba situado el comedor, mientras que al frente se localizaba un amplio cuarto de baño con las tinas siempre llenas de agua fresca para los “baños de jícara” que me gustaban tanto. El patio era el siguiente espacio de aquella gran casa. En medio se levantaba un árbol de jobo de tallo robusto y al que ascendí innumerables veces. A la derecha del patio había un largo

corredor con pretil, ocupado por las habitaciones de mis padres, el dormitorio de mi hermana Margarita y la cocina, al final. De allí se accedía al traspatio en donde estaban los higos, los árboles de papaya, los mangos y las guayas. Al fondo del traspatio se encontraba otra habitación muy espaciosa, que era el dormitorio que yo compartía con mi hermano Miguel. Allí mismo, al lado, teníamos otro baño.

La casa de mis padres era parte de un barrio, el de El Calvario, cuya iglesia quedaba a unas seis cuabras, justo a la entrada del mercado grande. Teníamos de vecinos a la familia del doctor Romeo Rincón, su esposa doña Elenita y sus hijos Malena, Romeo y Julio César. A dos casas de la de mis padres vivía la familia Guillén, la casa de los padres de Kay Guillén (compañera preparatoriana en el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, (el ICACH) y de su famoso hermano, el portero conocido como *El Tigre Guillén*, héroe de mil atajadas. Enfrente de mi casa, calle de por medio, estaba la casa de las hermanas Castillo, doña Cecilia y doña Nena, la *Cecilita* y la *Nenita*. Al lado de esa casa se situaba la que pertenecía a la familia Palacios, habitada por doña María Rincón, *Doña Marillita*, viuda del maestro Eliseo Palacios Aguilera (quien murió el 23 de octubre de 1944), padres del biólogo, el maestro Miguel Ángel Palacios y de su hermano Eliseo y su hermana Ana María. En esa casa, los Palacios rentaban un espacio que daba a la calle y que, con puertas abiertas, era la escuela de ballet de la maestra *Chela* Reyes, antecesora que fue de la escuela de Anita Rincón y de las actuales escuelas de ballet que existen en Tuxtla Gutiérrez. Muchas tardes, desde la azotea de la casa de mis padres, disfrutamos con varios amigos del barrio admirando las piernas de las alumnas mientras una suerte de corriente eléctrica recorría nuestros cuerpos. Un verdadero disfrute adolescente. La maestra *Chela* Reyes era hermana del notable bailarín y coreógrafo chiapaneco Rodolfo Reyes, fundador de las compañías de danza moderna de Chile, Cuba, Nicaragua y Ecuador. Ganador de la Medalla de Oro en el Festival Mundial de la Juventud en Helsinki en 1962, es un personaje que pertenece a la historia del arte en América Latina. Actualmente radica en Cancún en donde enseña danza moderna.

También frente a la casa de mis padres vivía la familia del ingeniero Pedro Alvarado Lang, un personaje importante para la historia de la cultura en Chiapas, miembro fundador de esa institución difusora de la cultura que fue el Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, cuyos miembros forjaron el movimiento intelectual más importante

del estado en el siglo xx. Eran personajes que muchas veces vi llegar a sus hogares desde mi otero que era el balcón de la biblioteca de la casa de mis padres.

En la casa de mis padres solían reunirse los miembros del Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, un grupo notable de intelectuales, forjadores de generaciones de jóvenes chiapanecos. En esa casa abrí la puerta a Jaime Sabines, al grupo de la Espiga Amotinada, Jaime Labastida, Juan Bañuelos, Óscar Oliva, Eraclio Zepeda y Jaime Augusto Shelly. A esa casa solían llegar los arqueólogos de la New World Archaeological Foundation, especialmente Carlos Navarrete, Pierre Agrinier, Jordy Gusinyer, visitas que después siguieron siendo frecuentes en la casa que mis padres adquirieron en la avenida Argentina número 32 en la colonia El Retiro. Por supuesto, visitas frecuentes eran Luis Alaminos y su esposa Marta Arévalo, quienes fueron amigos de mis padres toda la vida. En esa casa, mis padres recibieron a Fernando Castañón Gamboa y a Eduardo Javier Albores, para mí, personas entrañables, ambos maestros que me dieron mis primeras lecciones de Historia de Chiapas, Historia de México y de Historia Universal. El maestro Fernando Castañón Gamboa fue el primer Premio Chiapas que entregó el Gobierno del estado. Aún con los años transcurridos, pervive en mí el recuerdo de los intelectuales del Ateneo, altamente apreciados en la Tuxtla de aquellos años. Fue un grupo que mantuvo lazos estrechos con la sociedad. Varios de ellos fueron maestros excelentes, tanto en la secundaria como en la preparatoria, artífices de la curiosidad intelectual de mis compañeros y compañeras de mi generación. La actividad de los intelectuales y su esfuerzo por difundir las manifestaciones culturales sigue siendo una referencia para pensar y comprender a la Tuxtla Gutiérrez de aquellos años. Se las ingeniaron para estar al día de las corrientes literarias, de los giros de la filosofía, de las tendencias de las ciencias sociales y de la psicología. Fueron lectores voraces. Discutieron “mojando la palabra” como suele decir don Carlos Trejo, nuestro compositor vernáculo. De esas tertulias aprendí el valor de la discusión, de la creación en grupo, de compartir el conocimiento sin perder la alegría y las ganas de vivir. Sin duda, ese grupo de intelectuales hicieron de aquella Tuxtla Gutiérrez un lugar en el que el alma del mundo tuvo su asiento. Lejos de la pedantería y la soberbia, los intelectuales del Ateneo supieron cómo asimilar lo popular y tradujeron la complejidad de sus lecturas al lenguaje chiapaneco, tal como

en estos días, en forma genial, lo ha logrado la gran Lola Montoya, dramaturga, con su eterna *Bienvenido Conde Drácula*, pieza en la que la interculturalidad es el centro de las relaciones humanas. En el otrora tuxtleco, Luis Alaminos instaló a Shakespeare en el jardín botánico de Tuxtla –fundado por un republicano español, Faustino Miranda– ante

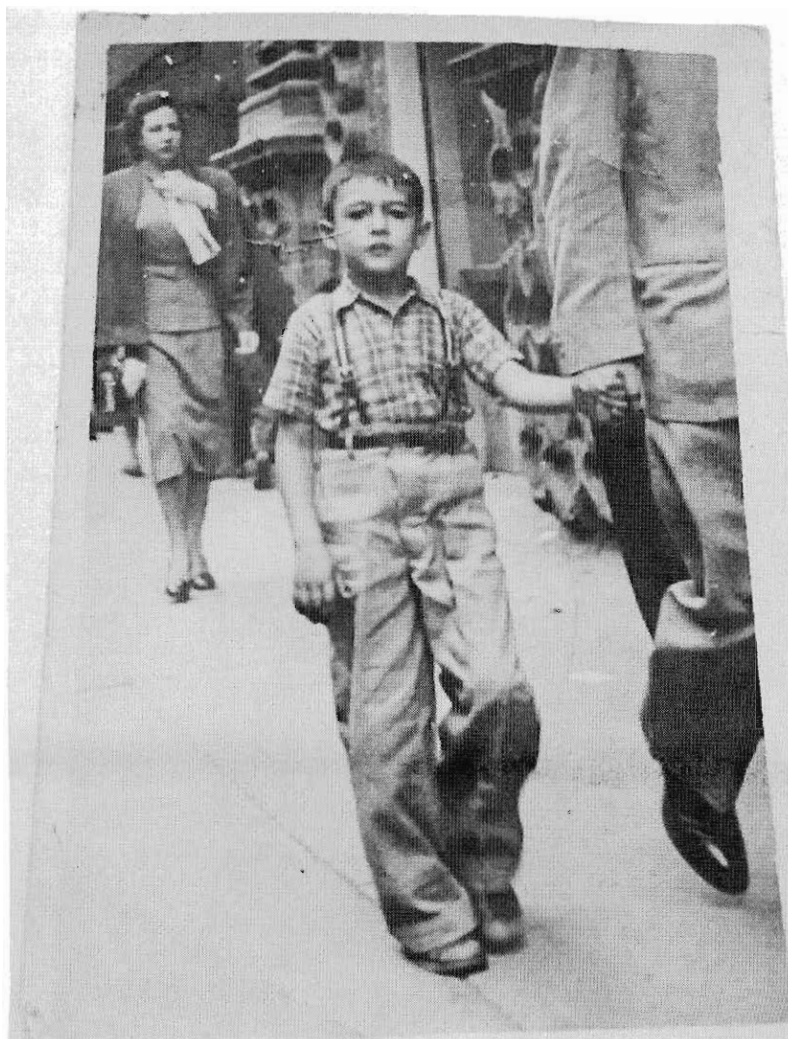


Foto 7. De la mano de mi padre. Ciudad de Puebla. Circa 1951.

la expectativa de un público que abarrotó el lugar para seguir *El sueño de una noche de verano*. Por ese mismo tiempo, mientras Jaime Sabines emergía detrás del mostrador de la tienda familiar, como uno de los poetas más importantes en lengua castellana, la *Espiga Amotinada* salía al mundo para decir su palabra y convocar a la transformación de la sociedad. En las aulas de La Prevo, Álvaro López, un genio musical, nos descubría los misterios de las partituras y de la marimba, al tiempo que José María de la Cruz, con trazos exactos, nos enseñaba a dibujar. Todo ello creaba un ambiente de estímulo a la curiosidad intelectual, invitando a la lectura y la observación creativa. Me quedó esa impronta y me acompañó la noche en que abordé un autobús con rumbo a la Ciudad de México, traspasando la frontera de Chiapas, para ingresar a la Universidad Nacional Autónoma de México.

## SEMBLANZA DE MI PADRE

Andrés Fábregas Roca, mi padre, nació en la ciudad y puerto de Barcelona, Cataluña, España, junto al mar Mediterráneo, ámbito de entrecruces de culturas que forjaron el mundo latino. Su barrio fue el de la Barceloneta, habitado por pescadores y comerciantes. Disfrutó poco tiempo de su ciudad porque la guerra lo sorprendió cuando era un joven estudiante de medicina con 25 años de edad. Fue en el año de 1936 la fecha en la que el general Francisco Franco, traicionando su uniforme y sus juramentos de lealtad, encabezó un golpe de Estado contra la República Española, cuyo gobierno había sido electo en las urnas. La defensa de la legalidad llevó al pueblo español a tres años de una intensa guerra que resultó, con la derrota de la República, en un masivo exilio de los combatientes republicanos, entre ellos, el joven Andrés Fábregas Roca. Llegado a Chiapas después de desembarcar en Coatzacoalcos, Veracruz, el joven catalán conoció a Carmen Puig Palacios, hija de don Antonio Puig y doña Margarita Palacios y casó con ella. Previo a su matrimonio, que, por cierto, se efectuó en la Ciudad de Puebla, Andrés Fábregas Roca vivió un año en la ciudad de Guadalajara, en uno de los departamentos localizados en el edificio Lutecia, que aún existe. Se mantuvo vendiendo libros de medicina, disciplina que conocía porque la estudió en Barcelona, quedándose muy cerca de ser médico, porque se lo impidió la guerra. En Tuxtla Gutiérrez, aquel joven catalán se transformó en el maestro Fábregas por virtud de su notable capacidad pedagógica, su amplia erudición y su vocación de servicio hacia la juventud. Sus cursos fueron notables, no sólo por su calidad, sino por su variedad y la claridad con la que explicaba conceptos, teorías e ideologías. Al fundarse el Tecnológico de Tuxtla Gutiérrez, Andrés Fábregas Roca impartió las clases de física, que llegaron a trascender en fama al estado de Chiapas. No hay movimiento cultural del siglo xx en Chiapas, en el que no hubiese estado involucrado aquel joven catalán, de voz mediterránea y



dotes notables de conversador. Fue parte del grupo fundador del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, el ICACH, en 1942. Allí enseñó una variedad de cursos tanto en el turno de la mañana como en el "ICACH Nocturna". Era famoso su curso de Introducción a la Psicología, en el que explicaba las corrientes más avanzadas del momento. Su clase de Ética era notable, por la erudición filosófica que demostraba y la discusión de los grandes escenarios mundiales, a la luz del concepto de ética. En la Escuela Prevocacional, "La Prevo", enseñó Biología e incluso escribió el libro de texto en el que abrevaron generaciones de jóvenes chiapanecos. Al fundarse la revista ICACH, órgano que fue de aquella notable institución, Óscar Oliva fue su primer director. Al terminar Óscar y emigrar a la Ciudad de México, Andrés Fábregas Roca tomó su lugar y la dirigió con la visión de convertirla, no sólo en una tribuna local, sino en transmisora de las corrientes de pensamiento universal. Fue una extraordinaria revista, que Andrés Fábregas Roca diseñaba, formateaba, corregía, traducía y, finalmente, entregaba a la imprenta. Lo recuerdo sentado en la mesa del comedor en la casa de la colonia El Retiro, con su cigarro en la boca, tecleando la máquina para uniformar el estilo tipográfico de los textos. Enviaba la revista a una cantidad notable de universidades e instituciones de cultura y con ello consiguió un canje extraordinario. ¿En dónde quedarían todas las publicaciones que llegaron a Chiapas por medio de ese canje? Deberían de estar en la biblioteca de la actual UNICACH o en el Archivo Histórico del Estado de Chiapas.

Andrés Fábregas Roca fue miembro fundador del Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas que, nombre que a a vez de dársele a la agencia estatal de difusión de la cultura, también se le dio al propio grupo de intelectuales que lo animaron, bajo la inicial batuta de Rómulo Calzada, el intelectual venido de Pichucalco, eficaz enlace entre el gobernador del estado y los intelectuales. Mi padre hablaba con respeto y admiración de Rómulo Calzada en aquellas extraordinarias sobremesas en la casa de El Retiro. Desde aquellos años juveniles he pensado que Rómulo Calzada es un personaje injustamente olvidado. Merecería mayores atención y reconocimiento como uno de los fundadores del que fuera el movimiento cultural e intelectual de Chiapas más importante del siglo xx: el Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas.

En un momento en el que Andrés Fábregas Roca era el presidente del Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, se recibió la visita del poeta

español republicano Pedro Garfias, amigo de mi padre. Recuerdo que en la tarde en que el poeta ofrecería su recital en los locales que el Ateneo tenía adosados a la catedral de San Marcos, mi padre me encargó que fuera por un refresco a la cantina de don Óscar Oliva, quien había preparado un brebaje especial. Así lo hice. Puntual, llegué con el dicho refresco a los locales del Ateneo y lo entregué a mi padre, que me ordenó sentarme para escuchar el recital. Pedro Garfias inició con aquella voz profunda y bien ritmada que lo caracterizó. Pero conforme bebía de aquella botella, su rostro se iluminaba y su expresión poética adquiría mayor fuerza, transmitiéndola al público asistente. La apoteosis se produjo cuando Garfias pronunció su famoso poema, *Entre España y México* escrito en la cubierta del barco que lo traía de España a las costas mexicanas y mientras el poeta las avistaba. El público terminó de pie, en cerrado aplauso. Garfias bebió las últimas gotas de aquel “preparado” que don Óscar Oliva había concebido, para hacer de aquel recital un momento extraordinario.

En las conversaciones de sobremesa en la casa de El Retiro aprendí de mi padre en qué consistía el fascismo, al tiempo que inicié mi comprensión de lo que vendría a llamarse la “guerra fría”. Mi padre hablaba todo ello en relación con la guerra de España, la “primera guerra por el hombre universal”, solía decir. “Yo no peleé sólo por España” –repetía mi padre– “me alentó una lucha por la transformación social, la búsqueda de un mundo justo”. El fascismo unido en los ejércitos de Francisco Franco, Adolfo Hitler y Benito Mussolini, derrotó a la República Española, plena de ilusiones y alegría. Cayó la España de García Lorca, asesinado por las torpes huestes del fascismo español, y con él cayó la noche sobre el suelo español y sobre el sueño de un mundo mejor. Noté que mi padre recordaba aquellos años con cierta nostalgia. Fueron sus años juveniles, de militante de la izquierda española, de fundador del Partit Proletari Catalán, de amistad con Buenaventura Durruti y Jaime Comte, los dirigentes del anarquismo catalán, muy queridos en todo Cataluña. Recuerdo vivamente el día en que, en una de las pláticas de sobremesa, mi padre contó lo emocionado que se sintió al publicar su primer texto político, aparecido en un periódico de la izquierda catalana, luciendo en la primera plana con la leyenda “No todo lo que brilla es oro”. También leía con emoción una carta que le había escrito uno de sus “leones de ametralladoras”, soldado a su mando en aquella guerra fratricida. En esa carta, aquel soldado de la guerra universal le

recordaba a mi padre sus días de combate, lo mucho que le debían sus soldados al oficial generoso y solidario que fue. La firma venía antecedida por la frase “el más pequeño de tus leones de ametralladoras”, que mi padre leía mientras se le quebraba la voz y las lágrimas se asomaban a sus ojos. ¡Qué fuerte debe ser la fraternidad tejida en las trincheras! ¡Qué dura es la guerra, y entre hermanos, más! Le ha costado años al pueblo español resarcirse de aquel golpe de Estado cuyos simpatizantes actuales merodean el destino de España.

Recuerdo la recámara en la que dormían mis padres en la casa de El Retiro. Al lado de la cama de mi padre, una montaña de novelas se levantaba en medio de un montón de cenizas de cigarro. Allí, a hurtadillas, varias veces hurgué entre los libros buscando las novelas policiacas, sobre todo, las escritas por Rex Stout y Ellery Queen. Mi padre era un lector voraz. Lo recuerdo siempre leyendo, cuando no platicando sobre la guerra de España. A lo largo de los años he pensado cómo extrañaría su tierra, su Barcelona mediterránea, sus años juveniles, su idioma. He acudido a Barcelona buscando ese mundo que mi padre describió. Por supuesto, no existe ya. Pero ahí están La Diagonal, las Ramblas que, según mi padre, “despejaban a punta de petardos” para que la gente hablara en contra del gobierno, la casa de Gaudí y la gran catedral Gótica de la ciudad, así como la iglesia de Santa María del Mar y los maravillosos mercados barceloneses, además del barrio chino, que mi padre frecuentaba. Existe aún el restaurante Siete Puertas, al que acudían mi padre y sus hermanos Miguel y José María, para comer en compañía de sus padres, mis abuelos Andrés Fábregas Comadira y Mercedes Roca Griffol. Me intrigó y me intriga cómo se adaptó aquel joven catalán nacido en Barcelona al ambiente pueblerino de Tuxtla Gutiérrez, al que siempre apreció y agradeció haberle dado un sentido para su vida. Lo cierto es que recuerdo a mi padre como un hombre feliz, que disfrutó a la ciudad de Tuxtla Gutiérrez en donde le tocó vivir. Aprendí de él a apreciar la vida local, a tener apego por lo que llamamos la tradición y la cultura locales. Llevo esa impronta como una lección permanente.

Los sábados en la casa de El Retiro eran de reuniones, de recibir a los amigos, de charlas interminables sobre historia, literatura, filosofía, el curso del mundo, México y Chiapas. Se juntaba un círculo que formaban don Pepe Borges, Joaquín Burelo, Daniel Robles, Luis Alaminos, con sus respectivas esposas, Ofelia, Sonia, María Luisa y Marta.



Foto 8. Daniel Robles, mi padre y el poeta Pedro Garfias.

Entre risas y chascarrillos, este grupo se autonombró la Línea Dura de El Retiro, porque imperaba en ellos una actitud crítica. Hablaban de todo lo que se les ocurría, pero había un interés especial cuando mi padre tomaba la palabra. Aproveché esta Línea Dura de El Retiro en las vacaciones, cuando ya era un estudiante de Antropología y llegaba de visita a aquella casa de El Retiro en los meses de vacaciones al final del año. Diciembre era –lo sigue siendo– en Chiapas un ámbito festivo. La casa de El Retiro no era la excepción. Se bebió y se comió bien en aquellos días. Fuera del círculo de la Línea Dura de El Retiro, visitantes frecuentes eran el *Noquis* Cancino y Gloria, su esposa. El poeta Raúl Garduño solía visitar a mi padre y varias veces lo encontré en la casa de El Retiro portando unos pollos rostizados para acompañar la cerveza. El doctor Jesús Cansino Casahonda también solía visitar la casa de mis padres y quedarse hasta tarde conversando y vigilando que mi padre no fumara. Durante el tiempo en que *Chusito* Cansino permanecía de visita, se escondían ceniceros y cigarros, pasando mi padre momentos de ansiedad y angustia, característicos de un fumador empedernido, hasta que se despedía el visitante. Mi padre se apresuraba a buscar sus cajetillas de cigarros Del Prado, que fumaba uno tras otro, sin parar. Le habíamos regalado un cenicero con una leyenda en catalán que

decía, “No fumis tant” (no fumes tanto), que jamás obedeció. Cuando enfermó, la afectación del cigarro era irreversible.

Tanto en la noche de Navidad como en Año Nuevo solíamos sentarnos a la mesa la familia entera para celebrar. Mi padre, animado por el barullo festivo, solía entonar la *Internacional*, recordando sus días de combatiente en los campos de España. También entonaba las canciones de la guerra de España, haciéndolo emocionado y con vigor. Eran las únicas ocasiones en que mi padre cantaba, porque en general, no era muy aficionado a la música. Después de aquellos días, la vida cotidiana regresaba en el nuevo año. Había que emprender el regreso a la Ciudad de México, al entrañable D.F., a seguir la vida de estudiante con la perspectiva de que al final de ese año, volvería a Tuxtla, a la casa de El Retiro, a las reuniones con la Línea Dura de El Retiro, la celebración, el recuerdo, la memoria de una guerra cuyo desenlace trajo a mi padre a vivir a Tuxtla Gutiérrez.



Foto 9. Mi padre en el Paraninfo del ICACH. Daniel Robles frente al micrófono.

## SEMBLANZA DE MI MADRE



Foto 10. Mi madre en la azotea de la casa de mis abuelos.

**M**i madre, Carmen Puig Palacios, nació en Tuxtla Gutiérrez y permaneció tuxtleca toda su vida. Como hijo primogénito, tuve una relación particular con mi madre, puesto que fui el primer hijo en crianza de los seis que procreó con mi padre. Mi madre me introdujo a la cultura local, a las visiones del mundo de una tuxtleca. Fui muy apegado a ella y busqué aprender de su actitud ante la vida, el optimismo que desbordaba. Si algún personaje de mi niñez fue “muy tuxtleco”, fue mi madre. Hablaba un hermoso cas tellano voceado que usaba a la perfección. Tuvo un sentido del humor notable, calificando situaciones y personas de tan atinada manera que siempre me sacó la risa. Fue una notable bailarina. En aquella casa de la Primera Avenida Sur número 40, mi madre me enseñó los secretos de la danza y a disfrutar la música. Me enseñó a bailar *Bésame mucho*, *Cachito*, *cachito mío*, *Piel canela*, el charleston, los mambos y el chachachá. Por supuesto, me enseñó cómo bailar el danzón y a disfrutar las cadencias de esa música inventada por el genial compositor de la ciudad de Matanzas, Cuba, Miguel Failde. En toda ocasión en que salía un nuevo disco, acompañé a mi madre al Almacén Central para efectuar la compra. Aprendí con ella a escuchar a las grandes bandas de Tommy Dorsey, Glen Miller, Benny Goodman, Arthie Shaw, Pablo Beltrán

Ruíz, Carlos Campos, Luis Alcaraz. Años después, al momento de iniciarme como estudiante en la Ciudad de México, busqué los grandes salones de baile, el Salón México, el California Dancing Club, el King Kong, en donde disfruté la música en vivo de aquellas grandes orquestas como la del propio Luis Alcaraz o las danzoneras. A Pérez Prado lo escuché en el legendario teatro Blanquita.

Mi madre fue una lectora de novelas y de libros de historia. Disfruté sus regalos, como la colección completa de *Los Pardaillan* de Miguel de Zevaco, que comentábamos porque ella la conocía muy bien. De Alejandro Dumas, su texto preferido era el *Conde de Montecristo* y hasta fui al cine con ella para ver la versión que en película hizo Jorge Mistral. También me regaló *Corazón, Diario de un Niño* de Edmundo de Amicis, libro que me leí entero e, incluso, sufrí. Las novelas de Mark Twain, sobre todo, *Las Aventuras de Tom Sawyer*, también las leí porque mi madre me las regaló. Uno de los libros que mi madre me obsequió y que más aprecié, fue el de *Los cuentos del abuelo*, un texto extraordinario para relatar la historia de Chiapas. Lo leímos en la escuela primaria. No he vuelto a tener noticia de un texto similar.

Si con mis nanas aprendí el valor de la cultura zoque, con mi madre aprendí a ser tuxtleco, a querer a la ciudad, cada esquina, cada barrio, sus festejos y el modo de hablar. Nunca me he avergonzado del castellano voceado que aprendí con mi madre y lo hablo cada vez que puedo. De hecho, es la variante del castellano más difundida en América Latina, desde el sureste de México hasta la Patagonia argentina y chilena. Mi madre lo usó siempre.

La tarde en que acompañamos a mi madre en su último viaje, me aseguré de que la marimba abriera el cortejo. Muchos pensamientos se agolparon en mi memoria mientras caminábamos por las calles de Tuxtla que mi madre recorría por última vez. Recordé que me acompañó el primer día en que ingresé a la Escuela Nacional de Antropología e Historia en el Bosque de Chapultepec; la recordé en la ciudad de Puebla, en la casa de mis tíos Armado Porras y Marta Cacho; la recordé en El Arenal, con mis abuelos, y en Berriozábal, con mi abuela; la recordé viéndome sonriente mientras le gritaba que me viera “echar un clavado” en la alberca del hotel Bonampak. La recordé ocupando las primeras filas para verme bailar en los festivales escolares; la recordé entre el público que asistía a los partidos de basquetbol en la cancha Matías de Cordova, animándome a gritos; la recordé mientras tomado

de su mano entrábamos al Almacén Central para comprar lo más reciente en música; la recordé con los ojos llenos de alegría cuando me veía descender del autobús en los tiempos de vacaciones. La tarde en que me despedía de ella para siempre, el cielo azul de Tuxtla lució como en los días de mi niñez y el viento fresco de los ríos se paseó por aquellas calles que mi madre amó profundamente.



Foto 11. En los brazos de mi madre.





## LA MAGIA DEL CORREÍTO

Érase una vez una pequeña ciudad del sureste de México. El siglo xx transcurría en su primera mitad en aquella ciudad indiferente al reloj. Los arroyos corrían por el valle que regaba el sitio de la añeja Coyatocmo mientras el río Sabinal atravesaba la pequeña ciudad, refrescando los barrios con sus aguas, antes de unirse al gran río de Chiapa. Aquella ciudad cuyo nombre era Tuxtla Gutiérrez, fungía como capital del estado de Chiapas, luciendo un amplio parque central frente al cual se erguía el Palacio de Gobierno. Calle de por medio, mirando al sur, la iglesia de San Marcos presidía otro espacio que antaño fue el atrio de una construcción de bóveda catalana y afiladas torres. En el parque, frente al Palacio, una pérgola hacía las delicias de los tuxtlecos, al convertirse en mirador y en techo de las refresquerías, punto de reunión de los pueblerinos habitantes de lo que en ese entonces era una ciudad en la que todos los que la habitaban se conocían y sabían del uno al otro. Al otro extremo del parque, en la esquina norte, el cine Alameda proyectaba películas que eran una ventana al mundo. Tarzán transportaba a la “tuxtlecada” hasta las inmensas selvas de África, y algo decía del colonialismo en aquel continente. Flash Gordon asombraba a la “conejada” con su capacidad de volar, merced a un artefacto portado en la espalda. Dick Tracy mostraba cómo vivía Estados Unidos y anunciaba el celular hablando a través de su reloj. La película *Beau Geste* conducía a los espectadores hasta la India, igual que *Gunga Din*, joyas de un cine que ensalzaba las aventuras colonialistas de Occidente. Pedro Infante y Jorge Negrete proyectaban la imagen del “verdadero México”, el de los charros, el tequila y el mariachi. Todo ello ocurría en el maravilloso parque central de Tuxtla Gutiérrez, terraza colectiva para encontrar el viento, enamorar a las chamacas, verse, hablar, convivir. Y justo al lado de la iglesia, y de frente al costado sur del Palacio de Gobierno, del otro lado de la calle, se levantaba una pequeña casa de madera, El Correíto,

llena de cosas mágicas. Dentro de aquella maravillosa casa, don Arturo Ramos atendía a sus clientes, la gran mayoría niños y jóvenes que acudían prestos para ver las novedades que encerraba esa caja mágica. Don Arturo se prodigaba informando, mostrando y orientando. El Correíto era el centro de articulación de Tuxtla Gutiérrez con México y con el Mundo. Allí vendía don Arturo los maravillosos cuentos, los *comics* que se dice ahora, además de la prensa de la ciudad de México. Había también revistas, libros, álbumes, figuritas. Los cuentos eran buscados por la niñez tuxtleca. *Mandrake El Mago* con Lotario, su fiel compañero, era esperado con ansiedad por los lectores. *El Fantasma* no dejaba de asombrar a los pequeños que devoraban las historietas. La *Mujer Maravilla* era un dechado de hazañas. *Hopalong Cassidy* y *Roy Rogers* hacían soñar a los niños con las aventuras del Oeste estadounidense, la lejana frontera de la expansión imperial. En medio de todo ese mundo de papel, don Arturo, siempre paciente, sin perder su aire de tuxtleco, mostraba los nuevos ejemplares, que los niños recibían con un júbilo explosivo. También llegaban los adultos a comprar el periódico, el *Excélsior* de México, que traía las noticias del país, los artículos de los intelectuales que después eran discutidos por los ateneístas en la cantina de don Óscar Oliva, La Estación. Llegaba a El Correíto, la revista *Siempre*, que dirigía el maestro José Pagés Llergo, tabasqueño, tropicalón, periodista de los que ya no existen. En esa tribuna escribían Víctor Rico Galán, Nemesio García Naranjo, Fedro Guillén, José Alvarado, Elena Poniatowska, Rosa Castro, Francisco Martínez de la Vega, Rafael Solana, Antonio Arias Bernal, Luís Gutiérrez y González, Luís Suarez y tantos otros. Además, la revista *Siempre* editaba los domingos el suplemento *México en la Cultura* que dirigió Fernando Benítez. Todo ese mundo ofrecía aquella caja de maravillas que fue El Correíto. Recuerdo la voz de don Arturo, cortés, modulada, informando, mientras distribuía los cuentos, las revistas, el periódico. Conocía cada publicación que vendía. Era ostentoso su gusto, su pasión por animar El Correíto, por darle vida a la caja mágica que traía al mundo hasta la pequeña ciudad de Tuxtla Gutiérrez. ¿Por qué nombraría don Arturo El Correíto a aquella mágica caja? Porque era, en efecto, un correo. Abría la imaginación a los tuxtlecos de aquella ciudad que leía. Desde niños, se leía. El Correíto nos inundaba de luz con sus historias, hacía que el prodigio se tocara. No puedo imaginarme a esa Tuxtla Gutiérrez de la cancha Matías de Córdova, de

Juana La Loca, de Chencho Cabrera o del Patachete, de El Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, de las tardes de teatro dirigidas por Luís Alaminos, sin El Correíto y sin don Arturo Ramos, quien siempre vivió entre libros y revistas.

Al pasar por el lugar en donde alguna vez estuvo El Correíto no puedo, ni quiero, evitar el recuerdo. Quisiera que el tiempo regresara. Quisiera estar frente a don Arturo preguntando por Sandokán, el Tigre de la Malasia o por *El Fantasma* y *Roy Rogers*. ¿En dónde están *El Llanero Solitario* y Silver, su caballo leal?, ¿qué fue de aquella breve ciudad de Tuxtla Gutiérrez, capaz de ser habitada por personajes como don Arturo Ramos? El parque central ya no existe. El cine Alameda cerró su pantalla. La Zaira ya no vende raspados. Los niños se han ido a otra dimensión de la vida. En la era de la internet a nadie le interesa el río Sabinal ni los mangos o los jocotes. Se fue aquella Tuxtla Gutiérrez de los vientos frescos al atardecer, de los tamales de hoja, de los picetes de elote, del pozol a la puerta de la iglesia de San Marcos, del sonido de las marimbas ensayando para el próximo baile. Ya no están los flamboyanes de los que habla Juan Bañuelos. Ya no está don Arturo Ramos. Se fue a instalar El Correíto a algún otro lugar; porque las cosas mágicas no dejan de existir. Sencillamente cambian de lugar. Don Arturo Ramos se fue con sus cuentos, los periódicos, las revistas. Estoy seguro que, en alguna parte, allí en donde los niños todavía leen, allí en donde todos se conocen, allí en donde los cielos desparraman luz, allí está El Correíto, y dentro, despachando los cuentos, las historias, los periódicos, un gran Señor: don Arturo Ramos.



## LA CANTINA DE DON ÓSCAR

En la segunda calle Poniente, entre la Primera Avenida Sur y la calle Central, frente al lugar en donde se estacionaban los autobuses que hacían el servicio para Berriozábal y Ocozocoautla, se ubicaba la cantina de don Óscar Oliva. Dicha cantina se llamaba La Estación, pero se le conocía con el nombre de *El Ateneíto*, porque allí se reunían los intelectuales del Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas. Las reuniones eran frecuentes durante la semana. No había un día prefijado, sino que los ateneístas llegaban en el transcurso de la mañana de cualquier día, por lo general hacia las once de la mañana, para retirarse a sus casas a comer hacia la una de la tarde. Mi llegada de la escuela a la casa de mis padres en la Primera Avenida Sur número 40, ocurría entre las 12:00 y las 12:30, hora en la que mi madre tenía preparada la mesa con la comida “puesta”, como se decía. No bien dejaba mi mochila en mi habitación, mi madre me ordenaba acudir a la cantina de don Óscar para avisar a mi padre que la comida y la familia lo esperaban. Me emocionaba llegar a la cantina y encontrar a aquel grupo de intelectuales a quienes entendía poco, pero me atraía su vehemencia y sus risas. Eran personas felices. Apenas entraba a la cantina, me dirigía al patio trasero en donde estaba la mesa del Ateneo a cuyo alrededor se sentaban mi padre, el maestro Andrés Fábregas Roca; Luis Alaminos; el doctor Fernando Pariente; el joven poeta Daniel Robles; el maestro Eduardo Javier Albores; el gran historiador local Fernando Castañón Gamboa; El *Noquis* Cancino, que hacía sus pininos en la poesía; don Amadeo, el vendedor del brandy San Marcos que, según él, era “tipo cognac”; y no faltaba el propio don Óscar, que iba y venía de aquella mesa según se lo demandaba la atención a la clientela. Había, por supuesto, más ateneístas, o bien, intelectuales de paso por Tuxtla que ocasionalmente se unían a la tertulia. Por ejemplo, en alguna ocasión ví allí a Faustino Miranda, el gran biólogo republicano español, fundador del primer jardín botánico del país en la UNAM y, enseguida,

fundador del que fue el segundo jardín botánico en México: el de Tuxtla Gutiérrez. Don Miguel Álvarez del Toro, hombre sobrio, solía, sin embargo, llegar a la cantina de don Óscar, buscando el sabor de la conversación y el estímulo de la inteligencia que aquellas reuniones significaban. El gran poeta Pedro Garfías acudió a la cantina de don Óscar y ése fue un día especial. Sólo faltó Rosario Castellanos que, en su calidad de mujer, no podía traspasar aquella puerta. Ella debía reunirse con sus cuates en las casas particulares, ocasiones en las que no faltaban Jaime Sabines y Enoch Cancino Casahonda. El poeta Armando Duvalier hacía su vida por otros caminos y nunca lo vi en la cantina de don Óscar, pero fue un personaje importante del medio intelectual de Chiapas, además de haber dirigido durante años el Museo de Antropología, que se localizaba en el edificio que actualmente alberga a la Rectoría de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Mi padre, al ver que yo entraba a la cantina, de inmediato me señalaba una pequeña silla a su lado para que me sentara mientras pedía a don Óscar: “tráele su *beibi*” *ponch*”, el refresco que fabricaba la familia Mota en Tuxtla Gutiérrez. Muy cerca de aquella mesa, tendido en una hamaca, se mecía don Lindo Oliva, el abuelo del poeta Óscar Oliva y padre de don Óscar, que, entre otras virtudes, tenía la de ser un gran conversador. Me gustaba platicar con aquel personaje que me relataba *El Quijote de la Mancha*, libro que había memorizado. Gracias a aquellas conversaciones con don Lindo, escuché *El Quijote* antes de leerlo. ¡Con qué vehemencia describía don Lindo las batallas del célebre personaje creado por Miguel de Cervantes! Su descripción de Sancho Panza era conmovedora, tanto, como tierna cuando hablaba de Dulcinea, el amor imposible del caballero andante. Quién imaginaría, en una cantina pueblerina, en aquella Tuxtla Gutiérrez de clima cálido, mientras se servían las cervezas heladas a un grupo de intelectuales, a un anciano platicando a un niño *El Quijote de la Mancha*. “Quien ha leído este libro”, decía don Lindo Oliva, “no necesita leer nada más”. Y seguía relatando los pasajes de esa historia eterna y universal, en la que hemos abrevado para aprender la lengua castellana, la hermosa lengua de la que nos apropiamos y que hicimos nuestra, con el voceo maravilloso que en aquella Tuxtla era el idioma cotidiano.

En no pocas ocasiones, la tertulia de los intelectuales del Ateneo se prolongaba hasta entrar la tarde o caer la noche. Dado que la casa de mis padres estaba cerca de la cantina de don Óscar, mi padre solía

invitar a los sobrevivientes de la tertulia a continuar en su domicilio. En otras ocasiones, sobre todo acompañado del maestro Fernando Castañón, mi padre subía a San Cristóbal, en donde seguían aquellas conversaciones agregándose Joaquín Hernanz. ¡Recuerdo a mi padre y a Fernando Castañón Gamboa enlazados al cigarro! La guerra de España, decían, era la conversación entre aquellos personajes. Don Fernando Castañón escuchaba mientras apuraba su cerveza. Fueron personajes a los que su buen sentido del humor les permitió ver la realidad de diferentes maneras. No faltaban las bromas sobre la situación en que habían emigrado a México, tanto mi padre como don Joaquín Hernanz, la sorpresa ante los cangrejos en las playas de Veracruz, o la torpeza al comer los tamales que engulleron, ¡con todo y hojas!, la primera vez.

Terminada la visita, el regreso a Tuxtla nos conducía de asombro en asombro ante el paisaje de la montaña, los helechos húmedos, la tupida vegetación, los pinos y un cielo azul con tinturas blancas. Me sentí, tantas veces, en el techo del mundo. Cómo se veía el paisaje de Chiapas desde aquellas alturas. Respirar el aire frío era una sensación particular, algo así como una invitación a la nostalgia. Sufríamos vuelcos de emoción al descubrir de pronto el gran río de Chiapa, el Río Grande, el Grijalva, que lucía espectacular, como un enorme reptil que se desplazara rompiendo la tierra. O en alguno de los tantos atardeceres, veíamos las luces de Tuxtla, como si fueran luciérnagas en medio de los montes. En esos momentos siempre pensé en la taza de café con pan de coita que mi madre nos daría una vez llegados a casa. ¿Por qué esa asociación? No lo sé de cierto, como dice Jaime Sabines, pero quizá se deba al acicate a la imaginación que resulta de los colores, sabores y olores de aquella montaña. Al término del viaje a San Cristóbal, llegar a la casa de la Primera Avenida Sur me recordaba las obligaciones del día siguiente, la escuela, la cotidianidad de la vida pueblerina, un tesoro del que disfruté como un privilegio al que tuve la suerte de acceder. Muchas veces me acosté con las imágenes de aquel paisaje prodigioso que se desplegaba ante mis ojos al bajar desde San Cristóbal y cruzar las montañas de los mil verdes y las abundantes aguas.





## LOS CINES DE TUXTLA

La diversión popular más buscada en la Tuxtla de mi niñez, era el cine. Había dos salas de cine; después se inauguró una tercera. El cine Alameda se situaba en pleno centro de la ciudad, en la esquina de la calle Central y la Primera Norte. Fundado en 1943, fue la sala más concurrida por la “tuxtlecada” en aquellos años de mi niñez. Hoy es una suerte de supermercado, mientras otra parte se conserva como cine, pero de pornografía. El cine Coliseo, que después se llamó Vistarama Tuxtla, estaba situado en la Primera Avenida Sur y la Quinta Calle Oriente. La última vez que pasé por allí en años recientes, me fijé que el antiguo cine se había transformado en La Iglesia Universal del Reino de Dios. Llegábamos al cine Alameda, el “elegante”, sobre todo los domingos para la función de matinée. Allí vimos a Flash Gordon volar ayudado de un propulsor que amarraba a su cuerpo. Dick Tracy nos asombraba hablando a distancia a través de su reloj-pulsera. Frankenstein nos dejó helados y temblorosos. Tarzán nos llenó de fantasías, de amor por la aventura. No faltaban el Llanero Solitario y su inseparable amigo Toro, que, a la par de las películas de Hopalong Cassidy, nos mostraban a los rancheros estadounidenses en acción. Eran las películas “del Oeste” a las que me aficioné desde los días del cine Alameda en donde disfruté de *Shane el Desconocido* con Alan Ladd o *El Rifle* protagonizada por Gary Cooper. Las películas de Jalisco como paisaje, con los rancheros como protagonistas encarnados en Jorge Negrete o Pedro Infante, nos mostraron al prototipo del mexicano que difundía el Estado nacional en aras de crear una identidad nacional. Salíamos del cine para abarrotar las refresquerías del parque, beber raspados, comentar las películas. Algunas veces, ya adolescente, acudí al cine a la función de la tarde-noche para ver *Los Tres Lanceros de Bengala* o *Gunga Din*, las películas de propaganda del colonialismo. En efecto, *Gunga Din* es un gran poema de Rudyard Kipling llevado a la pantalla en la película que dirigió George Stevens y protagonizó

Gary Grant acompañado de Douglas Fairbank, Jr. *Los Tres Lanceros de Bengala* un elogio del colonialismo inglés a través de la película protagonizada por Gary Cooper y dirigida por Henry Hathaway. En el cine Alameda se podía cenar durante la función. Causaba revuelo entre el público el llamado al mesero que atendía al respetable, apodado *El Chemise*. Hubo momentos en que la tensión en la película mantenía al público al borde del asiento o bien esperando el beso entre “el muchacho y la muchacha” cuando se oía la voz de algún hambriento: “Chemise, traéme mi tamal”, o bien a algún sediento gritar “¡Chemise, ontá mi mirinda!”. El público respondía con mentadas de madre y otros epítetos, pero en medio de carcajadas. No faltaba el que llegaba tarde a la función y gritaba “¡Ya llegué!”, provocando la respuesta inmediata del respetable con alusiones familiares. O cuando lloraba algún niño asustado, el respetable gritaba “¡Niño: dale de comer a tu mamá!”. Al pasar el tiempo, he pensado en aquellas funciones como en otro ritual comunitario de aquella Tuxtla, naciente al urbanismo, antes de convertirse en el amasijo urbano actual.

No tengo en la memoria el día exacto en que se inauguró la otra sala de mi niñez en Tuxtla Gutiérrez: el cine Rex, situado en la Primera Avenida Norte Poniente. Pero sí recuerdo que fue un día de multitudes que se arrebataban los boletos para presenciar la película *El Mago de Oz*, protagonizada por Judy Garland. Fui de los afortunados que logró entrar en esa ocasión y pude asombrarme ante la pantalla “gigante” del cine Rex, el sonido y los colores de la película. No he vuelto a ver *El Mago de Oz*, pero recuerdo a una Judy Garland niña en una excelente actuación junto a personajes como el Hombre de Hojalata. La película fue motivo de conversación largo tiempo. Hoy, el cine Rex es un fantasma: el cine que se inauguró con una película clásica para niños, devino en templo de la pornografía.

El cine Chiapas fue inaugurado bastante después que el Rex en una fecha que no he logrado recordar. Se ubica en un local que fue parte de la Concesionaria FORD a cargo de los hermanos Anza, ya desaparecida, en el cruce de la avenida Central con la Tercera Calle Poniente. Fue demolido hace muy poco tiempo. Lo cierto es que, en mis años de niño y adolescente, los cines que frecuenté fueron, en primer lugar, el Alameda y, después, ocasionalmente, el Rex. El cine Coliseo siempre fue un misterio. Mis padres me tenían prohibido siquiera acercarme a dicha sala. Esas funciones de cine en la Tuxtla de mi niñez y adolescen-

cia me fijaron para siempre la afición al llamado Séptimo Arte. A tal grado me llamó la atención el cine que, ya estando en la Universidad Nacional en México, me dio vueltas por la cabeza inscribirme en el CUEC para estudiar Dirección de Cine. En mis días de director general del Instituto Chiapaneco de Cultura (ICHC) puse toda mi energía para que en Tuxtla pudiéramos contar con la Muestra Internacional de Cine que, por cierto, se inauguró en el Teatro de la Ciudad. Hoy, si bien las viejas salas se fueron con el Tuxtla de mi niñez, proliferan los nuevos locales en las plazas comerciales a donde acuden los habitantes actuales de la capital chiapaneca.



## LOS VIAJES CON MI ABUELO

**D**on Antonio Puig y Pascual, mi abuelo materno, estaba poseído por el espíritu de la aventura. Disfrutaba los viajes por Chiapas. Con él navegué por vez primera al Río Grande de Chiapa en aquellos cayucos de un solo tronco, conducidos por los expertos remeros de Chiapa de Corzo. Mi abuelo me explicaba el paisaje que se nos presentaba, haciéndome ver los cultivos a la orilla del río, los caseríos, la vegetación. El regreso hacia el atardecer era espectacular por los colores del cielo, el arrebol intenso, el correr de las nubes. Mi abuelo no cesaba de instruirme y ahora caigo en la cuenta de que las primeras lecciones de geografía las recibí de él, mientras recorríamos Chiapas. En varias ocasiones abordé las avionetas que llevaban diversa carga a varios rumbos del estado. No había sillas en aquellas avionetas, sino costales. En vez de cinturones de seguridad, un mecate nos bastaba para asegurarnos. Sentados en los costales, pegados a las ventanillas, mi abuelo y yo disfrutamos mil y una veces el prodigioso paisaje chiapaneco. Ocasiones hubo en que el piloto anunciaba a mi abuelo que atravesaríamos el Cañón del Sumidero, cuyas paredes daban la sensación de que se introducían en el avión. “¡Mira, Noy!” gritaba mi abuelo, mientras el avión seguía el curso del río dentro del Cañón. Me quedó para siempre la impresión de los farallones, blancos, erguidos, inmensos desde mi visión de niño. ¡Qué espectacular fue observar el correr de las aguas de aquel río que aún no estaba domesticado! Los pilotos chiapanecos tenían una especial habilidad en el manejo de aquellas avionetas, lo que hacía del cruce de El Sumidero una aventura emocionante. Mi abuelo Puig, como suelo decir en mis conversaciones, no quitaba la vista de las ventanillas y me animaba a no despegar mi rostro de ellas y observar el paisaje. Las rocas, el agua saltando, los rápidos, todo pasaba como una película por aquella ventanilla, mientras el avión se ladeaba al compás del viento. No sé si mis padres alguna vez se enteraron de que mi abuelo me llevaba consigo cuando viajaba en aquellas

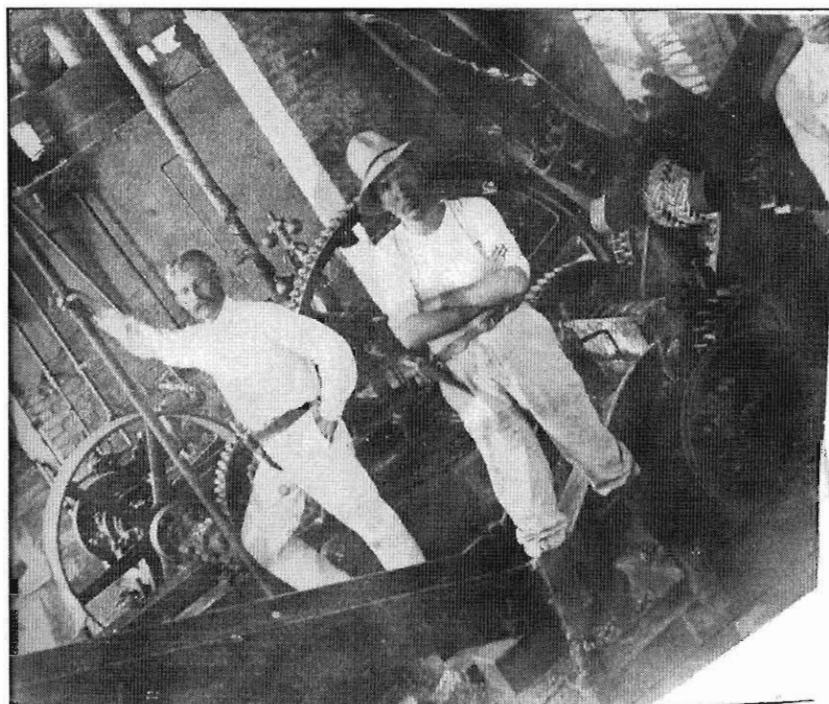


Foto 12. Don Antonio Puig y Pascual. Tuxtla Gutiérrez.

avionetas. Lo cierto es que, al llegar a la casa de mis abuelos, después de cenar en compañía ahora también de mi abuela Margarita, mi imaginación seguía prendida a la reciente experiencia del viaje en avión.

A mi abuelo le atraía el viaje de Tuxtla a Chiapa de Corzo. En su Ford, nos trasladábamos desde la capital política de Chiapas a la ciudad centro de una amplia región cultural: la chiapaneca. Pasábamos a muy baja velocidad el puente colgante para, una vez superado, enfilar el Ford hacia la ciudad de *la Pilona*. A mi abuelo no dejaba de asombrarle la valla de palmeras que había a la entrada de la ciudad, antes de la curva que conduce al viejo puente colonial que permite el acceso a Chiapa de Corzo. Una vez estacionado el auto, iniciábamos el recorrido por la ciudad, admirando la Pila bajo cuya cúpula recibía las instrucciones de mi abuelo, explicándome la historia de la ciudad. Evitábamos la Iglesia, cuya fachada veíamos mientras nos dirigíamos al río. De hecho, no recuerdo haber visto a mi abuelo entrar a una

iglesia. Tengo viva la imagen de don Antonio Puig y Pascual, despojado de su saco, con los tirantes a la vista, parado a la orilla del Río Grande, contemplar el correr de las aguas y decir: "Esto si es un río". Después el regreso, el paso de nuevo entre palmeras que tanto gustaba a mi abuelo, quizá porque le recordaban algún paisaje catalán.

En otra ocasión, mi abuelo me llevó a Teopisca, la tierra de las mazorcas gigantes y las grutas de estalagmitas y estalactitas. Recuerdo el pequeño parque de la Teopisca de aquellos días, la iglesia, las bancas. Allí esperábamos a los guías que, a lomo de caballo, nos conducían hasta las grutas. En el trayecto, mi abuelo Puig me explicaba cómo se configuraban aquellas grutas, qué eran las estalagmitas y qué las estalactitas. Afirmaba mi abuelo que aquellas grutas fungieron como hogares primitivos de los humanos que habitaron Chiapas en tiempos prehistóricos. Creo que aquellos viajes, aquel entusiasmo de mi abuelo por la aventura, las explicaciones que me llegaban de su boca, influyeron en que despertara mi vocación de antropólogo. Lamento no poder disfrutar con mi abuelo mi vida de antropólogo y ahora ser yo quien le explicase los secretos de los mundos humanos. Pero disfruto mucho su recuerdo, sus gestos, su risa y su satisfacción al verme a su lado, abriendo mis ojos ante sus palabras. Al tomar su mano, seguro que me transmitió su mismo espíritu de vocación mediterránea, su pasión por la libertad, su enamoramiento con Chiapas.

Conservo algunas fotografías de mi abuelo. Dos de ellas cuelgan de una de las paredes de mi habitación. Cada mañana las veo. En una de ellas, tomada de hombros hacia arriba, observo el rostro de mi abuelo, joven aún, con los ojos inquietos y rostro firme. Seguro vestía un traje porque se nota la corbata anudada, lo que realza aún más sus expresiones. Era un hombre bello, lo que se aprecia en esa foto. Lo más probable es que la foto se la tomaran en Barcelona, quizá días antes de que embarcara con rumbo incierto. En otra foto, mi abuelo está sentado junto a mi abuela. Detrás de ellos, mi tía Hebe Zurita, mi tío Juan Puig y mi madre, completan el grupo. Mi abuelo es ya un hombre de 70 años, vestido con su pantalón de dril y su camisola de manga larga. Su rostro denota felicidad y tranquilidad. Su mano casi toca la de mi abuela, que pareciera una mujer de más edad que la que tenía. Creo recordar el momento en que se hizo esa foto. Mi padre no estaba en ese momento. La foto fue tomada en la casa de mis abuelos, frente a la habitación de mi abuela. Estoy seguro de que un fotógrafo



de la Casa Marín hizo la foto. La ocasión se presentó ante la visita de mi tío Juan Puig, su esposa, mi tía Hebe Zurita y mis primos Antonio y Juan (*Tony* y *Johnny*). Mi tío viste de traje, como un médico recién graduado. Residía en Villahermosa, en donde se le recuerda como un pionero de la medicina en Tabasco. Mi tía Hebe Zurita lleva un vestido de tela ligera al igual que mi madre, prendas propias para ciudades de calor intenso como Tuxtla Gutiérrez y Villahermosa. Mi abuela viste de negro y la expresión de su rostro es un tanto indiferente.

Frente a mi escritorio, pegado a la pared, en mi biblioteca, cuelga otra fotografía de mi abuelo. Aún no se en dónde se tomó. Mi abuelo aparece en una suerte de instalación fabril, frente a unos engranes muy grandes. Viste una camiseta con mangas hasta los codos, pantalón de dril, botas altas y pistola al cinto. Lleva sombrero y sus brazos cruzan su pecho. A su lado está un personaje que no reconozco y quien también porta pistola al cinto. Existe otro personaje, un niño, irreconocible para mí. En otra foto más, mi abuelo y mi padre están retratados en el rancho El Arenal junto a cuatro trabajadores. En esta última, mi abuelo luce añoso, blanco el pelo, vestido con camisa de manga larga y sostenidos los pantalones con tirantes.

Un viaje al que mi abuelo fue aficionado era a la ciudad de Ocozacoautla, *Coita*, como decimos los chiapanecos. Mi abuelo conocía al *sheriff* de Coita, don Rosendo, que vivía a la salida de la población en la continuación de la carretera a Cintalapa. Solíamos salir el domingo muy temprano mi abuelo, mi abuela y yo en el Ford negro, tomar la carretera a Berriozábal, pasar este poblado y continuar hacia Coita. Era espléndido el paisaje al llegar al *cerro de Coita* y observar todo el valle, con el poblado luciendo sus tejas. El Ford rugía mientras mi abuelo apretaba el acelerador y se emocionaba con el paisaje. Hacíamos nuestra entrada a Coita emocionados y disfrutando el olor a pan, ese producto sin par que hacen los coitecos. Al llegar a nuestro destino, mi abuelo estacionaba el vehículo frente a la casa de don Rosendo, que nos recibía con cordialidad. Allí pasábamos el día. Mis abuelos en luenga plática con don Rosendo y su familia, que nos invitaba a comer, y yo jugando con los perros y disfrutando aquella casona. Me gustaba admirar la estrella de *sheriff* que don Rosendo lucía en su pecho. Usaba pistola al cinto y tenía un gran bigote, muy apropiado para su rostro que así parecía el de un auténtico personaje salido de las entrañas surrealistas de Chiapas. Emprendido el camino

de regreso, al caer la tarde, no fallaba mi abuela en comprar el pan de Coita, lo suficiente para una semana. En casa de mis abuelos se consumía ese pan con café por las tardes. Era uno de los momentos más agradables, instantes antes de que mi abuelo abriera de nuevo la librería para regresar hasta la noche, la de aquellos días tuxtlecos, es decir, a las ocho.

Otro de los viajes frecuentes era hacia el rancho de mi abuelo nombrado El Arenal. La salida era muy temprano, apenas despuntando el sol. Mi abuelo conducía el auto hasta las afueras de Tuxtla, por el rumbo del hotel Bonampak, y allí lo estacionaba con la seguridad de que no pasaba nada. Allí nos esperaba una carreta en la que nos acomodábamos para viajar hasta El Arenal. Conservo un recuerdo muy vivo de esos viajes, con los perros caminando debajo de la carreta para protegerse del sol. Al llegar a las Ceibas, en donde es hoy la bifurcación para Berriozábal, se entraba a El Arenal. Era un rancho enorme que, es muy probable, haya sido en sus inicios una propiedad de mi bisabuela Otelina Palacios. No estoy seguro de ello, ni de cómo, de ser así, perdió la familia Puig esas propiedades. Conservo una foto tomada en El Arenal en la que aparecen varios trabajadores del rancho, mi abuelo sonriendo, mi padre frunciendo el ceño, como para protegerse del sol. Al lado de mi padre está *Tacho*, uno de los empleados de mi abuelo, que me enseñó a trabajar con la imprenta y que laboraba en la librería El Progreso. Los días en el rancho eran una maravilla. Yo jugaba con los hijos de los trabajadores, de sol a sol, vestido “a la campesina”, igual que ellos. La Casa Grande con sus pilastras y corredores era una delicia. Comíamos al aire libre, disfrutando de los vientos frescos que hacían de la tarde una experiencia inolvidable, con un cielo recorrido por la nubes y puestas de sol prodigiosas. El cielo se convertía en un escenario de colores múltiples. La lluvia nocturna llegaba para animar el olfato con el olor a tierra mojada. Eran días apacibles, de convivencia familiar, de buenas comidas y de “café con pan” al caer la tarde.

Recuerdo que, en un par de ocasiones, mi abuelo cruzó el mar para visitar a su hermana Rafaela en Barcelona. En ambas ocasiones trató de llevarme, pero mis padres se opusieron ante la eventualidad de un accidente. Acudimos a Veracruz para verlo partir en el *Marqués de Comillas*, y al igual a su regreso, en el mismo puerto y en el mismo barco. Me quedé con la imaginación de cómo sería ese viaje, qué haría mi abuelo en aquel barco mientras cruzaba el mar. Me imagino a mi

abuelo en Barcelona, recorriendo las calles de su ciudad, de su barrio, la Barceloneta, visitando sitios añejos y nostálgicos. Pero siempre regresaba. Chiapas fue su hogar, su tierra, el lugar en el que ancló y en el que amó. En varias ocasiones más, viajamos con mi abuelo a Veracruz, en familia, con mi madrina Beatriz Maza y sus hijos. Parco para expresar sus sentimientos, mi abuelo no careció de ternura. ¡Qué destino el de los emigrantes, que no dejan de pensar en la tierra natal pero que su vida se hace en otros lares, entre otras gentes, hablando otra lengua, aprendiendo a digerir otra gastronomía! Clarita y Florita, mis nanas, siempre llevaron flores a la tumba de mi abuelo, en el panteón de Tuxtla, en donde se quedó al finalizar sus días.

## EL CAMPEONATO ESTATAL DE BÁSQUETBOL

El acontecimiento del año en Tuxtla Gutiérrez era la celebración del campeonato estatal de básquetbol que iniciaba en la noche del 20 de noviembre, después del desfile conmemorativo de la Revolución Mexicana, que se llevaba a cabo en la mañana. A la distancia de los años, caigo en la cuenta de que ese torneo fue el medio más eficaz de movilización social masiva de aquellos días. Ni la política ni la religión fueron capaces de movilizar a las masas, como sí lo hizo el campeonato estatal de básquetbol. A lo largo del año jugábamos en la liga municipal para ser seleccionados y representar a Tuxtla en la justa estatal. Se usaba la cancha Matías de Córdova, que pertenecía a la escuela primaria del mismo nombre. La cancha es hoy el estadio municipal de básquetbol y desconozco cómo pasó a esa propiedad. En aquellos días de inicio de los 1960, la cancha Matías de Córdova era también el escenario para el campeonato municipal. Pertencí al equipo del ICACH y con ese conjunto fui campeón de básquetbol, además, campeón encestandor. Pasé a formar parte del equipo que representaba a Tuxtla en los torneos estatales y después fui parte de la Selección Chiapas que participó en torneos juveniles nacionales, en donde alcanzamos el tercer lugar, colocándonos entre los grandes equipos del país, al lado de la ola guinda de Tampico, Tamaulipas, o los equipos del D.F y de Chihuahua.

El campeonato estatal de básquetbol se jugaba cuando ya habían pasado las lluvias. La cancha Matías de Córdova era el hábitat de un velador, Aureliano, quien nos abría las puertas por las tardes para dejarnos entrenar. Recuerdo al maestro Corzo, de voz potente, entrar exclamando: "¡Aureliano, la luz; la luz, Aureliano!". Éste respondía de inmediato encendiendo las luces para dar paso al entrenamiento. En realidad, nuestros maestros entrenadores eran Efraín Fernández y Domingo Maza, mientras el maestro Corzo se sentaba en el graderío para observar desde allí nuestro desempeño. Disfruté esos momentos,

aprendiendo el básquetbol que nuestros entrenadores enseñaban. Al ser de los jugadores con mayor estatura, los profesores ponían mucha atención en mi desarrollo, pues tenía una ventaja que en este deporte es básica. Las reglas conforme las cuales se desarrollaba el partido eran un tanto diferentes a las de hoy y, por supuesto, totalmente distintas a las de las ligas profesionales actuales. Nadie pensaba en cobrar por jugar. Era –ahora me doy cuenta– un ritual de identidad, un lugar de honor, defender los colores del ICACH y de la Selección Tuxtla. Al final nos uníamos los jugadores de varias partes del estado para conformar la Selección Chiapas de Básquetbol, máximo honor al que aspirábamos todos los jóvenes que practicamos ese deporte en el estado.

También entrenábamos en las canchas de la escuela Normal, al fondo de lo que era el edificio principal del ICACH y que es hoy la Secundaria del Estado. En aquellos entrenamientos, al igual que en las aulas del legendario ICACH, las diferencias de clase social desaparecían como por arte de magia. Todos éramos uno. Pero aquel tiempo se agotaba y volvíamos a nuestras casas, a experimentar realidades diferentes. Caminábamos las calles de una ciudad apacible, saludando a las personas, a las familias que salían a la puerta de sus casas para disfrutar el aire fresco. Todos nos conocíamos. Eran los días en que las direcciones se localizaban a base de señalar sitios identificados por todos en la ciudad. “Fui a la tienda de don Costa, la que queda en ca’doña Chonita”; “El veintero (autobús urbano) se paró en el palo seco”; “nos fuimos a la poza de la enladrillada”, eran expresiones comunes.

Los partidos de básquetbol durante el Campeonato Estatal llenaban la cancha Matías de Córdova. La gente llegaba bastante antes de la hora de los partidos para ganar lugar. La animación en Tuxtla era elocuente testimonio de la importancia del acontecimiento. Los partidos más esperados eran los que la Selección Tuxtla disputaba contra Tapachula, Chiapa de Corzo, Villaflores y Comitán. La pasión regional se desataba en aquellos partidos. La gente procedente de diferentes ciudades del estado, abarrotaba las taquillas de la pequeña cancha. No quedaba un solo lugar sin ocupar. La vendimia de elotes, tamales, mango verde con cachito, garnachas, empanadas y hasta pollo de pollera, era abundante. Solía vestirme en casa de mis padres con los “pans” rojos con franjas blancas, la chamarra roja y blanca y los tenis, e irme caminando hacia la cancha Matías de Córdova por toda la Primera Avenida Sur. En el trayecto, la gente o los grupos familiares

sentados a la puerta de sus casas, solían animarme para que el partido lo ganara la Selección Tuxtla. Grupos de adolescentes se juntaban para acompañarme en mi trayecto, con la esperanza de conseguir ingresar a la cancha de juego. Por supuesto, yo era presa de un sentimiento de orgullo alimentado por los comentarios de la población que me encontraba en el camino. Al llegar a la cancha Matías de Córdova, el público se arremolinaba alrededor nuestro y teníamos que pasar un rato saludando y repartiendo abrazos antes de ingresar al terreno de juego. Nuestro ingreso a la cancha era saludado con gran alborozo. Todos los jugadores nos dirigíamos a los vestidores, debajo de las gradas de la Cancha, para terminar de prepararnos para el partido, escuchar las indicaciones de los entrenadores, los maestros Efraín Fernández y Domingo Maza, quienes, además, nos arengaban para animarnos a ganar el partido. “Este juego se gana metiendo canastas”, nos decía el maestro Mingo Maza, “por lo tanto, es todo lo que tienen que hacer, además de evitar que nos las metan”, concluía. El maestro Efraín Fernández nos daba las indicaciones precisas de cómo debíamos rotar, de la defensa personal o de zona, según el equipo que tendríamos en frente, y de cómo debería yo entrar al remate jugando con el tablero. Años después, siendo rector de la Universidad Intercultural de Chiapas y en coedición con la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas con la rectoría de Jesús Morales Bermúdez, edité el libro *Un Profeta en su Tierra. Apuntes Autobiográficos* (2005), del maestro Efraín Fernández. El manuscrito nos lo proporcionó su hija María Elena, excelente jugadora de básquetbol, y también las fotografías que ilustran el libro. En su página 96 aparece una del equipo ICACH; en medio, de pie, está el maestro Efraín Fernández; a su lado, a la derecha, estoy yo, muy orondo, junto a Octavio Coutiño; a su izquierda, Lalo Cruz y Ricardo Ozuna; sentados, una serie de compañeros de los que sólo logré reconocer a Aníbal Fernández y a Reynol Ozuna. Éste fue un gran equipo, ganador de cuanto torneo en el que participó. Fue la base de la selección Tuxtla del año 1962, el último en el que jugué en Chiapas, pues debí partir a la Ciudad de México para inscribirme en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En la introducción que redacté al libro autobiográfico del maestro Efraín Fernández, se lee: “Recuerdo al profesor Efraín Fernández dándonos instrucciones en la cancha Matías de Córdova, mientras el público no cejaba de animar o denostar, según fuese su equipo, en los

momentos de celebración de los partidos del campeonato estatal de básquetbol. Pero también lo recuerdo a la hora de los entrenamientos, con su rostro firme, transmitiendo más allá de la práctica deportiva, una forma de ser” (Efraín Fernández Castillejos, *Un profeta en su tierra. Apuntes Autobiográficos*, UNICH/UNICACH, 2005: 10). El propio maestro Efraín Fernández escribió: “Difícil es precisar los nombres de los mejores basquetbolistas de Chiapas durante mis cargos como jefe de clases en el ICACH, director y catedrático de la Escuela de Educación Física, pues con cada uno era como empezar de nuevo. Jamás dejaron de sorprenderme. Recuerdo a Romeo Ventura, Valdemar Aguilar, Celín Ventura, Rafael Castañón, Carlos Castillejos, Saraín Gutiérrez (del equipo Preparatoria), Quico Aguilar, Glusteín Llaven (jugador del ICACH), Rubén Solís (del equipo MIECO), Andrés Fábregas Puig (bueno como rematador), Óscar Castañón Morell, Eduardo Cruz, Roberto Riquelme y Reynol Ozuna, quien en uno de los juegos de conscripción en Puebla llegó a encestar cuarenta puntos por partido...” (Efraín Fernández, *op. cit.*: 36).

Al irrumpir en el campo de juego la Selección Tuxtla, botando los balones, moviéndonos rítmicamente, ejercitando brazos y piernas, saltando, la gente se encendía y el griterío era intenso. Escuchábamos nuestros nombres desde las galerías. “¡Órale!” gritaba el “respetable”, “a partirle su madre a los de Villaflores”. Respondían los frailesicanos: “¡Conejos hijos...!”. Durante el partido, el intercambio no sólo era de gritos, sino que los olotes lanzados de un lugar a otro casi nublaban la escena del juego. Durante el calentamiento, antes del partido, hacíamos fila para ir recibiendo el balón en plena carrera y encestar. Era un momento especial para lucir las habilidades. La gente se entusiasmaba y celebraba los encestes como si fueran parte del conteo oficial del partido. Cada uno de nosotros hacía sus mejores piruetas para llegar al aro y soltar el balón, voltear el rostro hacia el graderío y recibir los aplausos y las celebraciones del llamado “respetable”. En aquellos días se jugaba a dos tiempos de 20 minutos cada uno, con diez minutos de descanso entre tiempos. Allí, en los vestidores, el maestro Efraín Fernández desplegaba su sabiduría y nos explicaba cómo iba el partido y qué deberíamos hacer para no perder la ventaja y terminar como ganadores. Me divertía el griterío del público, escuchar mi nombre desde el graderío animándome en cada jugada y la celebración cuando uno de mis remates se convertía en anotación.

Por aquellos años no existía la canasta de tres puntos. En múltiples ocasiones logré encestar desde larga distancia, pero la puntuación era la misma que cuando se encestaba debajo del aro: dos puntos. Desde la línea de foul, cada enceste valía un punto. Cuando me llega el recuerdo de aquellos encuentros deportivos, me asalta la nostalgia de un tiempo en el que disfruté a una pequeña ciudad, de tejados, de zopilotes en el cielo, de árboles de mango y framboyanes, de rumor y olor a lluvia, de ríos de agua tibia, de calles en donde los protagonistas eran las personas y no los autos. Es paradójico. Como antropólogo, he pensado y así lo enseño, que el movimiento y el cambio son la característica de la Sociedad y la Cultura, que somos protagonistas de la Historia además de responsables por ella. Pero la nostalgia es una fuerza para comprender que el pasado está presente en nuestra actualidad, y que ésta es un resultado de las relaciones que hemos tejido a lo largo del tiempo. Jamás volveremos a vivir aquellos entrañables días de la Tuxtla Gutiérrez pueblerina. La ciudad del mismo nombre es otra. Se ha convertido en una metrópoli –en los contextos de la urbanización en Chiapas– con los problemas de tránsito de autos, crecimiento sin plano regulador, sumando poblaciones aledañas, como Terán o San Juan Crispín, convertidas en barrios de la ciudad. Las relaciones cara a cara se transformaron en anomia. Las diferencias de clase social se acentuaron y agudizaron la desigualdad, haciendo surgir los cotos reservados para los detentadores de la riqueza. Pasaron los años en que los niños de Tuxtla jugábamos en las calles, no importando el rango social al que perteneciéramos. En ese sentido, el deporte era un vínculo importante de unión simbólica, un operativo de la identidad. El campeonato estatal de básquetbol fue su máxima representación.

En el año de 1962 jugué varios partidos durante el Campeonato Estatal de Básquetbol, pero en fechas en las que debía viajar a la Ciudad de México para presentar el examen de admisión en la Facultad de Ingeniería de la UNAM, el maestro Efraín Fernández habló con mi padre para que me dejara jugar todo el campeonato, con el compromiso de que la Liga de Básquetbol más varios aficionados financiarían mi viaje por avión. Mi padre no accedió. La noche en que abordé el autobús de la línea Cristóbal Colón con rumbo a la Ciudad de México, me acompañé de un pequeño radio para ir escuchando el partido que me hubiese correspondido jugar. Hasta ese momento tenía el liderato de encestes en el Campeonato. Subí al autobús con emociones



encontradas y un sentimiento de angustia, mientras por la ventanilla veía a mis padres agitar sus manos en señal de despedida. No pude escuchar mucho tiempo el desarrollo del juego. Más allá de Coita se perdió la señal. Un nuevo horizonte, un desconocido ámbito me esperaba. Logré ingresar a la UNAM y continuar jugando básquetbol. Ganamos el campeonato interno jugando contra Ciencias Químicas el partido final en aquel año de 1964. Por breve tiempo formé parte de la Selección Puma de Básquetbol, hasta que, en 1965, convencido de que la ingeniería no era mi vocación, ingresé a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, recién traspasada ese año al Museo Nacional de Antropología e Historia, recinto académico del que egresé en 1969 con el título de etnólogo, la especialidad en Etnohistoria y el grado de maestro en Ciencias Antropológicas.

## ROBERTO ARANDA

U n buen día, mi madre llegó a la casa de la Primera Avenida Sur 40 acompañada de doña Estercita Marín y de su hijo Roberto, más o menos de mi misma edad. Nos acostumbramos a decirnos “primos” entre nosotros, aunque ningún lazo sanguíneo nos une. Sencillamente, nuestras madres eran grandes amigas y, ambas, amigas también de doña Carmita Constantino, a quien Roberto llamaba “mamá”. El papá de Roberto era el ingeniero Eliseo Aranda, *don Cheito*, como acostumbré nombrarlo. Doña Carmita Constantino estaba casada con el ingeniero Barragán, a quien Roberto llamaba “papá”. Así que Roberto Aranda, mi primo, tenía dos padres y dos madres, producto de la amistad entrañable entre familias. Con mi primo Roberto Aranda pasábamos tardes enteras jugando, ya sea en las calles vacías de autos o corriendo por los tejados, como si fuésemos réplicas del Diablo Cojuelo, personaje de la novela picaresca española. De hecho, en los rumbos aquellos por los que vivíamos, los niños jugábamos en las casas o en la calle. Así, se juntaban los hermanos Quico y Pancho Cano, Pepe Luís Solís, Napoleón *El Compa Napo*, hijo de don Melquiades, personaje inolvidable de aquella Tuxtla Gutiérrez. Con Roberto Aranda oscilábamos de la casa de mis padres, a la de doña Carmita Constantino o a la propia de la familia Aranda Marín. Entrábamos y salíamos mientras alternábamos los juegos con las canicas, el trompo o el balero. El ingeniero Barragán solía llevarnos a mi primo Roberto Aranda y a mí, al circo. Tuxtla Gutiérrez era buena plaza para los circos, que anunciaban su llegada con un desfile por las calles principales. Ahí, con nuestros ojos de niños asombrados veíamos a los elefantes, las cebras, los leones y los tigres, los caballos, así como a los payasos, los trapevistas y el elenco del circo en turno, que invitaba a la población a acudir a alguna de las tres funciones diarias. El más popular de estos circos era el llamado Pascualillo, seguido del Atayde y del Unión. Mi primo y yo disfrutamos de aquellas tardes de circo a las que, gracias a la paciencia del ingeniero Barragán, pudimos acudir.

La carpa era una presencia constante en Tuxtla. La más famosa era propiedad de la actriz Blanca Morones y de José Luis Padilla, dueños, a su vez, de la compañía teatral Morones-Padilla. Dicha carpa se llamaba Teatro Tayita, y en Tuxtla representaba *El Derecho de Nacer*. ¡Lloraba la tuxtlecada con aquella escenificación! Año con año, *El Derecho de Nacer* era la obra más concurrida de las presentadas por las carpas. La obra original es una radionovela cubana escrita por Félix B. Caignet, adaptada después en México como pieza para carpa y luego telenovela a comienzos de los años 1980. Lo que se veía en Tuxtla en el Teatro Tayita era una adaptación que los mismos carperos habían hecho. Todo ello lo disfrutamos mi primo Roberto Aranda y yo.

Un día, así como apareció, desapareció mi primo. La familia emigró al extinto D. F. siguiendo la profesión de ingeniero de don Cheíto. Pasaron los años. Una mañana en la Ciudad de México, casi al medio día, me transportaba por el Paseo de la Reforma en un autobús, regresando de clases en la ENAH, cuando, por la ventanilla, vi a mi primo Roberto Aranda caminando por la acera. De un brinco me levanté y pedí la parada. Bajé gritando el nombre de mi primo que, sorprendido, volteó el rostro hacia mí. Terminé el día en el departamento en donde me reencontré con la familia Aranda Marín. Desde ese día hemos conservado la amistad. Mi primo casó con la antropóloga Luz Elena Arroyo, quien fue alumna mía en la Universidad Iberoamericana. Viven en Mérida, Yucatán.



Foto 13. Con mi hermana Margarita y amigos del barrio en nuestra Primera Comunción. Tuxtla Gutiérrez. Circa 1955.

## GUILLERMO ESCOFFIE

En 1958 ingresé a la secundaria, en la Escuela de Estudios Especiales núm. 19, mejor conocida en Tuxtla Gutiérrez como *La Prevo*, por aquello de que era un recinto escolar ligado al Instituto Politécnico Nacional y, por lo tanto, se trataba de un ciclo “pre vocacional”. En *La Prevo* conocí a Guillermo Escoffie, con quien pronto hicimos una amistad que duró hasta que él murió. Guillermo tenía una especial vocación hacia la invención mecánica. En la casa de sus padres, el doctor Gilberto Espinoza (su padrasto) y su mamá, la señora Carmen de Espinoza, Guillermo tenía montado un taller en una pequeña habitación. El breve espacio del que disponía estaba aprovechado al máximo. En medio, una mesa de trabajo que en un extremo tenía una prensa. Las paredes servían para que de ella prendieran los martillos, pinzas, cautines, sierras y un sinfín de instrumentos. Guillermo tenía cajas de herramientas que no sólo guardaba con celo, sino que limpiaba a diario. Al terminar las clases por las mañanas, teníamos talleres de oficios por las tardes en *La Prevo*. Allí aprendimos electricidad con el Maestro Víctor, *Vicho*; carpintería con los maestros *Gustavón* y Julio; ajuste mecánico con *La Iguana* (no recuerdo su nombre); y otros talleres, como el de curtiduría. Las mujeres no tenían más opción que la repostería. El par de años que cursé en *La Prevo* aprendí esos oficios, cuyo conocimiento afiné en el taller de mi amigo Guillermo Escoffie, quien inventaba motores, armada aviones con madera balsa y los hacía volar, diseñaba sus propias herramientas, armaba circuitos eléctricos y no había día en que no tuviera una idea original que tratara de hacer realidad. También leía y eso nos unía más. Recuerdo cómo disfruté un libro titulado *La tournée de Dios*, escrito por Enrique Jardiel Poncela. Guillermo me comentaba el libro con un gran sentido del humor y llegué a familiarizarme con el mismo, más que por leerlo, por escuchar su contenido de labios de mi amigo. Si a mí me atrajo el atletismo y el básquetbol, la pasión deportiva de Gui-

llo fue el fútbol; lo practicó en La Prevo y fue parte de su selección. La posición que le encantaba jugar era la de medio de ataque. Gustaba de distribuir el balón, ejecutar el pase preciso al jugador mejor colocado para marcar un gol o garantizar un avance significativo. En verdad que fuimos amigos. Nos veíamos todos los días, no sólo en la escuela, sino en nuestras casas. Cuando no estábamos en la casa de mis padres, estábamos en la de los suyos. Nos cambiamos juntos al ICACH para terminar allí el último año de la secundaria e ingresar a la preparatoria. En el ICACH nos encontramos con que nuestros padres serían también nuestros profesores. El doctor Gilberto Espinoza nos instruía en Química y mi padre, el profesor Andrés Fábregas Roca, nos impartió Psicología, Ética y Francés. Seguimos muy unidos en la preparatoria. Nuestro cambio a la Ciudad de México apartó nuestros pasos. Guillermo ingresó al Instituto Politécnico Nacional y yo a la UNAM y después a la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Nos vimos alguna vez, ya casados, y fue una ocasión espléndida. Mantuve la comunicación con él y con su esposa, hasta que un día murió de una rara enfermedad en la sangre. Fue un golpe de tristeza. Con Guillermo se cumplía aquel adagio que dice que el don más preciado de la Humanidad, es la amistad.

## EL ICACH

En aquel año de 1961 en el que ingresé a un ciclo de preparatoria de dos años, el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, ICACH, era el centro de estudios medios superiores más prestigiado en el estado. Allí se congregaban los intelectuales más destacados de Tuxtla Gutiérrez, que a su vez eran miembros del Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas y configuraban un movimiento cultural intelectual sobresaliente. En la preparatoria disfrutamos de excelentes profesores: Eliseo Mellanes, Andrés Fábregas Roca, Manuel Grajalez, Eduardo Javier Albores, el maestro Müench, Alberto Gutiérrez, entre otros. En la secundaria del ICACH, había llevado cursos con Gilberto Espinoza, Eduardo Javier Albores, Agripino Gutiérrez, Jorge Calderón, entre los que recuerdo. Conformamos una generación que ha mantenido la relación a lo largo de los años, no obstante los muy distintos destinos que hemos seguido. De la prepa recuerdo a mis compañeras Flor de María Díaz, Miriam Grajalez, Carmín Cruz, María Zepeda, y a mis compañeros Guillermo Escoffie, Elías Díaz Nieto, Antonio Tony Gutiérrez (desde La Prevo), los hermanos Juan y Francisco Bonifaz (que venían de La Prevo), Augusto Orantes, *El Camello* Farrera, Juan Antonio López Chavarría, Enrique Quiko Esquinca (quien fuera presidente municipal de Tuxtla), la *Checha Solórzano* (fallecido en un accidente de aviación), Rodrigo Palomino, Enrique Utrilla, entre varios más cuyos nombres se me escapan. La escuela preparatoria del ICACH llegó a tener niveles académicos de excelencia, lo que era un estímulo para acudir a clases con alegría. La concentración en la lectura no era tarea difícil en un tiempo en el que no existían la televisión, las computadoras, la internet y los teléfonos celulares. En mi caso, me aficioné a la literatura en estos días del ICACH. En La Prevo, en el curso de Historia Universal que dictó Fernando Castañón Gamboa, me atrajo esa disciplina y desde aquellos días sigo con esa vocación. Todos los cursos me dejaron lecciones e inquietudes, pero fue en esos días cuando me

llamó la atención la Sociología explicada por Alberto Gutiérrez y las Humanidades en general gracias a los cursos impartidos por mi padre y por el profesor Eliseo Mellanes.

En el ICACH atisbé la cuestión política desde la arena de las luchas estudiantiles por controlar las mesas directivas de las sociedades de alumnos y la lectura de los periódicos que los estudiantes publicaban. Entre las pláticas de sobremesa de mi padre, los cursos en el ICACH, las lecturas, la radio, se fue configurando mi vocación y mi interés por los asuntos que conciernen a la sociedad y la cultura. Eran días en que Luis Alaminos hacía un teatro de alto nivel que lo llevó a ganar el Primer Lugar Nacional de Teatro Estudiantil en la Ciudad de México. Acudíamos al teatro con la expectativa de presenciar buenas puestas en escena. Las conferencias que ofrecía el Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas en su pequeño local adosado a un extremo de la Catedral de San Marcos, eran un complemento excelente de los cursos. En mi casa tuve acceso a los suplementos culturales de aquella época del periódico *Excélsior* y de la revista *Siempre* que dirigía el periodista tabasqueño José Pagés Llergo, *el jefe Pagés*, en cuyas páginas escribían los más destacados intelectuales de México de varias corrientes ideológicas. El suplemento cultural de esta revista, dirigido por Fernando Benítez, era extraordinario. En el ámbito del ICACH, varios maestros discutían textos publicados en estos suplementos cuando no escribían sobre temas afines en la prensa local, liderada por el legendario Gervasio Grajales Gómez. Además, en el ICACH conocíamos los jóvenes de Tuxtla a otros jóvenes provenientes de otras partes del estado. Poblados como Suchiapa estaban lejos de Tuxtla en aquellos años. De ese poblado procedían los hermanos Llaven, Glustein y *El Pelón* Llaven, grandes jugadores de basquetbol. Hoy Suchiapa es casi un suburbio de Tuxtla Gutiérrez. De Suchiapa es también Fernando Nucamendi, excelente jugador de basquetbol, compañero en la selección del ICACH. Ramiro Gómez, *El Alguacil*, es de Ocozocuatla, la famosa Coita, a donde íbamos de excursión. Sabíamos de la Cima de las Cotorras y un buen día, con Guillermo Escoffié y Ramiro Gómez al frente, y varios más, condujimos hasta ese sitio a un estudiante del Politécnico que presumía de explorador. El estudiante de marras logró bajar hasta el fondo de la Cima, pero no podíamos subirlo. La tarde avanzaba mientras escuchábamos los gritos angustiosos del pretendido explorador, que clamaba por salir. Lo dejamos allí ante el temor de que nos cayera

la noche y nuestros padres se alarmaran al no vernos en casa. Pero tuvimos que contar lo que pasaba y al otro día, al despuntar el alba, los bomberos de Tuxtla lograron rescatar al sufriente estudiante, al que no volvimos a ver.

Por aquellos días del ICACH solía reunirme con otros compañeros a quienes les gustaba la música. Así, con Fernando Vázquez y Genaro Pérez, conformamos una suerte de conjunto en el que este último y yo tocábamos la armónica, mientras Fernando nos acompañaba con una suerte de pequeño tambor o con las maracas. Recuerdo que también Ramiro Gómez era ducho en la música y tenía un chiflido muy especial, por el que lo reconocíamos cuando nos llamaba. Tardes enteras las pasamos así. A la distancia, puedo apreciar el significativo cambio que introdujo la llamada tecnología digital con la computadora, sobre todo, con el teléfono celular. El mundo que describo en este texto va desapareciendo cada vez con mayor rapidez conforme esa nueva tecnología atrae a los jóvenes de los ámbitos urbanos y rurales. La información, la comunicación, la música, el cine, en fin, el mundo actual, está al alcance de la palma de la mano, como lo vemos a diario en las calles de las ciudades o de los poblados. Si antes comentábamos los programas de radio que a Tuxtla nos llegaban por la XEW, hoy los jóvenes comentan lo que leen y escriben en las redes sociales, impensables en los tiempos en que estudié en el ICACH. La televisión llegó a Tuxtla Gutiérrez hasta el año de 1968 por disposición del presidente Gustavo Díaz Ordaz, con el propósito de que, por lo menos en cada capital de los estados de la Federación, se vieran los juegos olímpicos. La lectura es sustituida por la internet y cada vez es mayor el número de personas que no leen ni escriben en papel, sino en computadora. Todo ello cambia la percepción del mundo en que vivimos.





## SUCESOS QUE CONMOVIERON A LA TUXTLECADA

Uno de los acontecimientos que conmovieron y movilizaron a la tuxtlecada fue el movimiento encabezado por Artemio Rojas, *El Pollino*, en contra del gobernador del estado, Efraín Aranda Osorio. Aún estaba en la escuela primaria a los diez años de edad, pues el suceso ocurrió en 1955. Tengo vivo el recuerdo de la respuesta que obtuve al preguntar a mis padres por qué le decían *Pollino* a don Artemio Rojas: porque pega como patada de burro, me respondieron. No sé si esa versión es correcta. Lo cierto es que El Pollino logró convocar a grandes concentraciones en Tuxtla, si se tienen en cuenta la demografía de aquellos años y el tamaño de la capital de Chiapas. Varias veces mis ojos asombrados contemplaron a la multitud desfilando frente al balcón de la casa de mis padres en la Primera Avenida Sur, con rumbo al parque Central. Yo conocía a Artemio, uno de los hijos de don Artemio Rojas y por ello me llamó la atención el movimiento, además de que por vez primera veía en Tuxtla una movilización política. Don Artemio Rojas y sus más allegados seguidores terminaron en la cárcel y quizá sean los primeros presos políticos en Chiapas, por lo menos en el siglo xx. Es un movimiento poco estudiado. Existen menciones en la prensa de la época (a favor del gobernador) y al menos un texto de Enrique Hidalgo Mellanes publicado en *El Sol de Chiapas* el 31 de octubre de 2009. Seguramente, Sarelly Martínez, en su libro *La Prensa Amordazada*, algo dice de este movimiento. Se me escapa de la memoria si una secuela de la movilización liderada por El Pollino lo fue la fundación del Partido de la Juventud Chiapaneca, el Pajuch, que también está a la espera de un estudio a fondo. Quedó en mi memoria la mención constante del Pajuch como un partido político que respondía a raíces locales, pero no estoy cierto de cuál fue su destino y ni siquiera de si alguna vez se configuró y participó en las contiendas electorales.

Tres años después de las movilizaciones lideradas por Artemio Rojas, en 1958, ocurrió otro suceso que conmovió a los habitantes de Tuxtla Gutiérrez. Contaba en ese momento con 13 años de edad. Al frente del país estaba el presidente Adolfo López Mateos, quien había tomado posesión del cargo el 1 de diciembre de 1958. Justo al final de ese mes, el 31 de diciembre, varios barcos de pescadores mexicanos fueron atacados por la Fuerza Aérea Guatemalteca (FAG), al momento en que dichos barcos invadieron aguas territoriales del vecino país. Los aviones guatemaltecos lanzaron ráfagas de ametralladoras que llegaron a hundir a varios barcos y matar a sus tripulantes. En Tuxtla, la gente comentaba que la FAG era mucho más poderosa que la Fuerza Aérea Mexicana (FAM) que contaba con aviones bastante antiguos. Así que una suerte de miedo colectivo recorría las calles tuxtlecas ante la posibilidad de un ataque aéreo por parte de Guatemala. El conflicto creció en intensidad porque diez de los tripulantes sobrevivientes al ataque fueron interrogados por el ejército de Guatemala, lo que causó el rompimiento de las relaciones diplomáticas y, por consiguiente, el cierre de embajadas en ambos países. Más aún, el puente fronterizo entre México y Guatemala situado entre Ciudad Hidalgo y Ayutla fue destruido para evitar el paso de la población. Por cierto, el presidente de Guatemala era el general Miguel Ydígoras Fuentes, que encabezó un verdadero periodo de terror que generalizó la represión en su país.

No tardaron en llegar a Tuxtla las tropas mexicanas. Los asombrados ojos de la tuxtlecada vieron desfilar por las calles de la ciudad, no sólo a la tropa, sino los tanques y los camiones de guerra, así como los transportes militares y las avionetas de la Fuerza Aérea. Se instalaron en el techo del Palacio de Gobierno varias ametralladoras antiaéreas, mientras la tropa se desplegó por varios puntos de la ciudad. Llegaban noticias de que en la frontera con Guatemala y en ciudades como Tapachula, la movilización militar era intensa y nutrida. No había más conversación entre los tuxtlecos que “la guerra con Guatemala”. Ante la desinformación de lo que realmente ocurría, toda suerte de rumores aquejaba aún más el ánimo de los tuxtlecos. Algunos opinaban que México ganaría con facilidad esa guerra, mientras otros decían que la ventaja aérea del ejército enemigo era un arma formidable. Mientras “ellos” —se decía— “tienen jets de guerra”, el ejército mexicano tiene avionetas de la segunda guerra mundial. Durante varios días se suspendieron las clases. Los niños preguntábamos a nuestros padres qué

pasaría y luego comentábamos entre nosotros las opiniones que obteníamos, aderezadas con nuestra imaginación. Por fortuna, el conflicto no llegó a la confrontación bélica y ambos gobiernos negociaron la paz, restaurándose las relaciones diplomáticas y abriéndose los cauces de relación cotidiana entre ambos pueblos. La “guerra con Guatemala” siguió siendo un tema de conversación entre los tuxtlecos, hasta que se fue diluyendo en la memoria colectiva y se perdió como las luces de la tarde al entrar la noche.

Otro suceso que conmovió a los tuxtlecos fue la Carrera Panamericana. Nos situamos en el año de 1950. Yo había cumplido cinco años de edad y aún vivía con mis abuelos. La Carrera Panamericana inició ese año, siendo presidente del país Miguel Alemán Valdés y gobernador del estado el general Francisco J. Grajales. Los historiadores chiapanecos aún no abordan el tema de esta carrera, siendo muy importante para explicar el avance del modernismo en Chiapas. Si bien la carrera inició en 1950, se suspendió en 1956 debido al terrible accidente que ocurrió en Francia, en Le Mans, dado que se pensó que podría pasar lo mismo en México. Así que puede decirse que la Carrera Panamericana tuvo una primera fase que va de 1950 a 1956. Se reanudó en 1988 y continúa hasta la fecha, en lo que podemos considerar una segunda fase de este importante evento deportivo.

En el año de 1950, el gobierno de México aceptó la propuesta de Enrique Martín Moreno de abrir el país a los inversionistas extranjeros de la industria del turismo, “la industria sin chimeneas”, se decía. La carretera Panamericana que atraviesa el territorio nacional a lo largo, estaba recién inaugurada y se consideraba como una obra emblemática de la ingeniería mexicana. El presidente de México, Miguel Alemán, era fanático de los autos, al igual que lo fue Adolfo López Mateos. Nombró a Antonio Cornejo como director de la Carrera Panamericana, quien logró coordinar a los gobiernos estatales con el Federal, a los inversionistas en turismo, a las constructoras, que costearon la primera versión de la Carrera Panamericana (Mexican Road Race). El arranque de esta primera carrera fue el 5 de mayo, día en que se conmemora la victoria del ejército mexicano sobre el ejército francés en Puebla, siendo el punto de salida Ciudad Juárez, la antigua Paso del Norte, y terminó el 10 de mayo, día de las Madres, en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Los pilotos que lograron arribar a la meta se hospedaron en el hotel Bonampak, que se convirtió en un centro de peregrinación

de la tuxtlecada, ansiosa de ver a los deportistas y retratarse con ellos y sus autos. Había pilotos de gran fama, como Piero Taruffi, Alberto Ascari, Herman Lang, Juan Manuel Fangio, Jhon Manz, *El Che* Estrada Menocal (mexicano), José Antonio *El Viejo* Solana (mexicano), Razo Maciel (mexicano), Phil Hill, entre los más conocidos.

En 1953 se celebró la Cuarta Carrera Panamericana, pero esta vez se cambió la ruta, siendo el sitio de salida Tuxtla Gutiérrez y la meta final Ciudad Juárez. La gente de Tuxtla se conmovió desde días antes de la salida de los corredores. El hotel Bonampak volvió a ser el centro de la atención al hospedar allí a los competidores. Familias enteras acudían a ese hotel con la esperanza de ver a los competidores, obtener retratos y autógrafos o algún recuerdo que guardase la memoria de aquellos momentos. Mi padre hablaba con mucho entusiasmo del auto Pegaso conducido por un piloto español, mientras mi madre afirmaba que Juan Manuel Fangio sería el ganador. Al final, el famoso Pegaso no llegó ni a Oaxaca y, en cambio, Juan Manuel Fangio conduciendo un Lancia ganó la carrera. En ese momento gobernaba en Chiapas, Efraín Aranda Osorio. Todavía recuerdo que mi madre, a mis ocho años de edad, me llevó al hotel Bonampak, al salón Azul y Oro, para que viera y saludara a los pilotos. Conservo una foto en la que estoy en brazos de mi madre, mientras a nuestro lado está nada menos que Juan Manuel Fangio, el piloto argentino que se alzó con la victoria.

El día en que se dio el inicio de la Cuarta Carrera Panamericana, nos levantamos en la madrugada para llegar a la carretera y escoger un buen punto para observar el paso de los autos. Mi madre había preparado la noche anterior la comida y las bebidas para la ocasión. Logramos aposentarnos en un terreno elevado a poca distancia de la entrada de la finca La Gloria, en donde vivía la familia de Francisco Anza con sus hijos, Paco, Pepe Tavo y Marisa, y su esposa Isabel. Por cierto, los hermanos Anza eran los concesionarios de la compañía FORD y participaban en la carrera. Su auto iba piloteado por Ricardo y Octavio Anza. Los autos pasaban a gran velocidad, con los motores rugiendo. La gente los despedía con aplausos. Al pasar el carro de los hermanos Anza, la multitud se emocionó y con aplausos y gritos saludó el paso de aquel vehículo. No llegaron muy lejos.

Pasado el barullo del inicio de la Carrera Panamericana, la normalidad volvía a Tuxtla Gutiérrez, con sus días cálidos, el viento fresco de la tarde y las noches tibias. Aquella ciudad mantenía la tranquilidad en

el contexto de un tejido social sostenido por las relaciones cara a cara y en donde las diferencias de clase no eran visibles en la vida cotidiana, aunque, por supuesto, eran reales, como lo demostraba entre otros hechos, el servicio doméstico o las expresiones despectivas sobre los pobres y los indígenas que la “clase alta”, que se hacía llamar así misma “la sociedad”, utilizaba.

Suceso conmovedor fue la caída del puente colgante que atravesaba el río Grijalva a la altura de la entrada del cañón del Sumidero. El puente colgante tenía una estructura de madera sostenida por gruesos tirantes de acero y garantizaba la continuidad del viaje desde Tuxtla Gutiérrez hacia Chiapa de Corzo y de aquí hacia los Altos de Chiapas, la ciudad de San Cristóbal y Comitán y, finalmente, la frontera con Guatemala. Contaban los viejos tuxtlecos de aquellos días que el puente se había empezado a planear desde 1905, estando en el poder el general Porfirio Díaz. Con la dirección del ingeniero Raymundo Gordillo se terminó la construcción del puente que se inauguró el 31 de julio de 1908 con el nombre de Puente Colgante Porfirio Díaz. Medía 80 metros de largo, seis metros de ancho y una altura de 22 metros sobre el río. De niño crucé muchas veces ese puente en el viejo FORD de mi abuelo o en el Plymouth de mis padres. Recuerdo el miedo que me invadía cuando el vehículo en el que viajábamos ingresaba al puente, subiéndose a los carriles de madera. Se me hacía eterno el trayecto. Mientras el vehículo transitaba por el puente se escuchaba el chirrido de la estructura, amén de sentirse el balanceo que causaba el paso del auto. Por supuesto, se tenía que coordinar el paso de uno por uno de los vehículos. El 26 de diciembre de 1955, a mis diez años de edad, la ciudad de Tuxtla Gutiérrez fue recorrida por la noticia de que el puente colgante se había caído. Un pesado tráiler que apenas cabía en el puente, rozó los tirantes y causó su derribo. La tradición oral afirma que el chofer de aquel tráiler se llamaba Roberto Ramírez de los Ríos. El suceso era comentado en las casas y en las calles de Tuxtla, expresando la preocupación de la población por la comunicación con Chiapa de Corzo y los Altos de Chiapas. Mientras se construía un nuevo puente, se habilitó un chalam para pasar a las personas y los vehículos más o menos en el mismo punto sobre el que se erigía el puente. Hacia 1956 se terminó la construcción del nuevo puente de concreto llamado Belisario Domínguez, que sigue en servi-

cio. En 1975, el puente fue reforzado debido al temblor que destruyó una parte de Chiapa de Corzo.

Estaba terminando la secundaria en el ICACH, cuando otro suceso conmovió a los habitantes de Tuxtla, relacionado con el cañón de El Sumidero. Esta maravilla de la naturaleza lucía muy diferente en mis días de niño, de lo que aparece en la actualidad. En efecto, al no existir la presa de Mal Paso, el río corría a toda velocidad por su cauce, atravesando el cañón entre brincos sobre las rocas y caídas de agua. Desde las épocas de la conquista en el siglo XVI, nadie pudo seguir el río a través de El Sumidero. Entre 1915 y 1922, el proto antropólogo que fue Marcos E. Becerra, acompañado de un grupo de estudiosos chiapanecos, intentó cruzar el cañón, lo que le fue imposible ante la furia de las aguas y la topografía del terreno. El propio general Francisco J. Grajales, quien fuera gobernador del estado, hizo el intento de atravesar El Sumidero liderando a un grupo de estudiantes del Heroico Colegio Militar, pero sin mayor fortuna. Logró avanzar sólo tres kilómetros desde el sitio llamado La Ceiba, al que, por cierto, de niños llegamos varias veces. En 1959, según registra la memoria de los “tíos” que platicaban de estos sucesos, apareció una gringa a la que se conoció como *la mujer de los ríos* porque, se decía, había explorado el río Amazonas. Apenas si avanzó unos metros dentro del cañón. La velocidad del río la hizo retroceder. Decía la gente que “mejor se fue a beber pozol a Chiapa” y no intentó jamás volver a El Sumidero. Por los días en que la misteriosa *mujer de los ríos* apareció, llegó un explorador español, Francisco Fernández Alberri, quien había diseñado y construido su propia embarcación especialmente para atravesar el cañón de El Sumidero. Murió en el intento. Su cuerpo nunca se encontró.

Después de muchos viajes exploratorios, un 31 de marzo de 1960, el llamado Club Pañuelo Rojo inició su viaje por el interior de El Sumidero. Siete de sus integrantes eran chiapanecos, y el octavo, zacatecano. Durante una semana no se supo nada de ellos. La expectativa reinaba entre los tuxtlecos que se preguntaban qué había sido de aquellos intrépidos jóvenes. Al despuntar el día 8 de abril, los miembros del Pañuelo Rojo salieron por el otro extremo del cañón, sanos y salvos, a la vera del río por el rumbo de Chicoasen. La noticia corrió como reguero de pólvora. ¡Por fin! El Sumidero había sido conquistado y lo fue por un grupo de chiapanecos. “Ni los gringos” decía la tuxtlecada, “habían logrado tal hazaña”. La fiesta no se dejó para más tarde. La

noche del 8 de abril se congregó todo el pueblo de Tuxtla en el parque Central para ver aparecer en el balcón central del Palacio de Gobierno, al gobernador Samuel León Brindis, *Tío Chame*, rodeado de los miembros del Pañuelo Rojo que fueron inmediatamente vitoreados, mientras la marimba Poli de Tuxtla tocaba los sones tuxtlecos. La gente no creía lo que veía. La alegría se desbordó. El trago corrió a raudales inundando las gargantas de los tuxtlecos que seguían celebrando en sus casas. Fue una fiesta comunitaria. Una celebración de la identidad tuxtleca. Los nombres de aquellos exploradores los anoté, años después, en una libretita, dictados por mi madre. Son los siguientes: Salvador y Maximino Castillejos Hernández, Enéas Cano Zebadúa, Nabor Vázquez Gómez, Jorge Narváez Domínguez, Rodolfo Castillejos Sánchez, Martín Pérez Chamé, Ramón Alvarado Zapata. Creo que aún perdura en la mente de mucha gente de Tuxtla, la hazaña del Club Pañuelo Rojo que movilizó a la población y la llenó de orgullo ante una empresa que, como decía mi madre, “nadie había sido capaz de lograr”. Recuerdo que incluso los paliacates se pusieron de moda en aquellos días. Los niños se los ataban al cuello. Los jóvenes lo portaban como pañuelo. El Club Pañuelo Rojo logró una hazaña que imbuyó en los tuxtlecos el sentimiento de que es posible lograr objetivos si uno sabe cómo acometerlos. Por ese tiempo, se fundaron clubes de adolescentes que construían cohetes y los lanzaban al espacio como preámbulo de un viaje sideral. Si el Club Pañuelo Rojo había logrado lo que nadie antes, por qué razón no iban a ser posibles los viajes al espacio desde Tuxtla, comentaba la muchachada. El Rocket Club lanzó su primer cohete desde el campo de fútbol del ICACH ante una gran algarabía. “Alcanzó cinco kilómetros de altura”, comentó un profesor a quien mi padre preguntó: “¿y cómo hizo usted el cálculo?”. La respuesta es una frase inmortal: “A ojo maestro, a ojo”.





## EL DISFRUTE DEL PAISAJE

**A**l comienzo de la segunda mitad de la década de 1950, justo en los años de los sucesos que conmovieron a los tuxtlecos, estaba en la escuela secundaria. Justo a los 13 años de edad ingresé a la Escuela de Enseñanzas Especiales núm. 19, *La Prevo*. En esos días, mis padres me compraron una bicicleta marca Terrot con la que me transporté de mi casa a la escuela y viceversa. Me gustaba montar aquella bicicleta y sentir la velocidad. Las calles de Tuxtla eran terreno libre para ello al haber escasos vehículos de motor. En no pocas ocasiones nos juntamos varios adolescentes poseedores de bicicletas para ir a pasear por los rumbos aledaños a Tuxtla. En varias ocasiones llegamos hasta San Juan Crispín, pasando Terán, para regresar con tarros de miel que adquiríamos a precios bajísimos. El viaje a la poza de Cahuaré se convirtió en una costumbre. Ocurrió que varias veces al mes nos íbamos a nadar en aquellas aguas de maravilla que desaparecieron con la construcción de la presa de Chicoasen. Teníamos el cuidado de no nadar en el río porque nos daban temor sus aguas turbulentas. Cada año había ahogados justo en los remolinos de Cahuaré que, según decían los chiapacorceños, significa “en donde da vuelta el río”. En efecto, Cahuaré está situado muy cerca de la entrada al cañón de El Sumidero, a donde entran las aguas del Grijalva después de una suave curva. Mis nanas Clarita y Florita afirmaban que ese lugar “tenía dueño” y que éste se enojaba cuando alguien se metía al río sin su permiso. Así explicaban la cantidad de ahogados en ese tramo del Grijalva. Quedábamos exhaustos después de nadar en la poza de Cahuaré y, con todo ello, montábamos las bicicletas para emprender el regreso a Tuxtla. Lo que de venida era una delicia porque todo era de bajada, se convertía en tormento a la vuelta porque todo era de subida. Muchos tramos los hacíamos a pie, jalando las bicicletas. Se nos hacía eterno el retorno. Pero era tal la atracción del río, de

la experiencia de nadar en aquella poza, que volvíamos para disfrutar de sus aguas una y otra vez.

Un paseo también muy apreciado en aquellos días era subir al zapotal y bañarse en las pozas que estaban arriba del cerro. Solíamos hacerlo los sábados. Salíamos al alba cargando naranjas y tortas, refrescos y golosinas. Caminábamos con rumbo al Hospital Civil y por allí salíamos de Tuxtla para llegar al pueblo de San Juan Sabinito. En el atrio de su pequeña iglesia hacíamos un primer descanso para comer naranjas y una torta, beber agua o refresco. Seguíamos hasta alcanzar los cerros llenos de zapotes, con el agua escurriendo por sus faldas. La algarabía era plena. Nos acostábamos para que el agua nos bañara y mitigara el calor del día. Subíamos a los árboles para cortar el zapote y consumirlo con un gusto particular por aquella exótica fruta. ¡Vaya que nos gustaba el Zapotal! Desde aquellas colinas boscosas veíamos los tejados de Tuxtla, sus calles, su movimiento. Echados boca arriba, mientras el agua resbalaba por nuestros cuerpos, veíamos el cielo azul de Tuxtla cruzado de zopilotes de vez en vez. Eran momentos de gran disfrute, de sentir la libertad, de apropiarse del paisaje y gozarlo palmo a palmo. Hubo días en que nos atrevimos a explorar la cueva de Cerro Hueco, llena de humedad y de ecos que nos hacían sentir una suerte de misterio por lo desconocido. Dentro de la cueva había una serie de charcas de agua limpia que bebíamos sin temor. Finalmente, había que regresar para estar presentes a la mesa, hacia el medio día tuxtleco, la hora en que las familias se reunían a comer.

Hacia el norte de Tuxtla, subiendo las colinas, se localizaban La Lajas, unas sorprendentes corrientes de agua que resbalaba por un suelo de piedras planas llamadas, precisamente, lajas. Allí era el disfrute del agua fresca el gran atractivo. Solíamos reunirnos en alguna casa para completar el grupo de excursionistas y, junto con la salida del sol, dirigirnos hacia aquellas colinas que chorreaban el agua de las lluvias. Hoy, esa parte es irreconocible para quienes disfrutamos de las aguas de antaño. Todo está poblado, con fraccionamientos y calles sin ton ni son. Un lugar de belleza singular se transformó en un horrible barrio de una Tuxtla Gutiérrez que crece con furor y desorden.

Por cierto, cerca de Las Lajas estaba la cueva de Nana Chepa, una vieja tejedora que pasaba la vida hilando destinos. Estábamos ciertos de la existencia de Nana Chepa y de lo que era capaz de hacer. Por supuesto, le temíamos. Alguna vez nos atrevimos a entrar a la cueva,

acicateados por la curiosidad infantil de descubrir al extraño personaje. Pero siempre había algún raro sonido que nos hacía correr de regreso y buscar prestos la salida. La verdad es que nunca nos adentramos en las profundidades de esa cueva. Apenas llegamos a dar algunos pasos en su interior para volver agitados y salir con la impresión de que los ojos de Nana Chepa nos seguían.

Otro disfrute del paisaje fue la cortada de mangos en el Parque Madero, rumbos que frecuentamos por su cercanía con La Prevo. La codiciada fruta, el mango verde, caía bien con nuestras atinadas pedradas o bien porque alguno de nosotros subía al árbol para cortar la fruta y lanzarla. Nos agradaba tanto comer aquellos mangos verdes sazonados con *cachito*, que no era más que la sal molida con chile piquín y unas gotas de limón. Solíamos hacer este corte de mangos a la salida de la escuela, antes de la comida en nuestras casas y de beber el pozol con el que nos esperaban nuestras madres. Llegamos a conocer palmo a palmo el Parque Madero, cruzado por el río Sabinal, en donde nos zambullíamos porque sus aguas estaban limpias y frescas. Después de aquel ejercicio, de saborear los mangos, de caminar hasta nuestras casas, beber el pozol era, no sólo una delicia, sino un ritual que nos confortaba. No reconozco otro sabor más atrayente, más captador, que el del pozol. Qué bien se deslizaba frío por la garganta mientras se acentuaba el sabor a chocolate. Revolver al final el *mushú* (el asiento) y beberlo, era un final perfecto.

Hacia el sur de Tuxtla se levanta el cerro de Mactumatzá que, a nuestros ojos infantiles, nos parecía una enorme montaña. Escalar el Mactumatzá era un reto a nuestra edad adolescente. Recuerdo por lo menos un par de veces en que subimos hasta la cima del Cerro de la Estrella y vimos a Tuxtla que se extendía sobre el estrecho valle en el que se localiza. La cima del Mactumatzá es plana, como si fuese una pequeña pradera sobre la que corríamos para disfrutar el viento. El regreso lo hacíamos por Copoya para abordar el camión que hacía el viaje a Tuxtla Gutiérrez de por lo menos una hora.

El concurso de papalotes era también un acontecimiento altamente apreciado por la gente de Tuxtla Gutiérrez. Se llevaba a cabo entre los finales de marzo o principios de abril cuando los vientos primaverales hacían posible volar papalotes. El vocablo deriva del náhuatl *papalotl*, que se traduce al castellano como "mariposa". En el concurso se podía participar individualmente o representando a alguna aso-

ciación o a algún comercio patrocinador. El concurso tenía lugar en La Lomita, a espaldas del llamado Monumento a la Bandera que, en realidad, se construyó para celebrar la federación de Chiapas a México. La Lomita está situada hacia el sur-poniente de la ciudad, en lo que en aquellos años de 1950-1960 era la salida de Tuxtla y en donde hoy se ubica el parque Morelos. La parte en la que tenía lugar el concurso estaba despoblada y por ello era posible volar allí los papalotes. Hoy es un fraccionamiento que impide cualquier actividad. Recuerdo que ahí nos reuníamos varios niños para fabricar los papalotes con papel de china, pituti y engrudo. Éramos hábiles en ello. Los papalotes tenían variadas formas, desde rombos, cilindros, cuadrados, pirámides, hasta lo que la imaginación permitía. Todo papalote llevaba una cola y el hilo (cáñamo) en otro extremo para “soltarlo” al viento y hacer que se elevara lo más alto posible. Era un espectáculo que la gente disfrutaba, abarrotando La Lomita y animando a los concursantes. Los participantes en el concurso se formaban en la línea de salida para esperar la voz con la que daba comienzo el concurso. Al escuchar la “salida”, corríamos jalando al papalote con el cáñamo y llevábamos un adminículo que permitía ir desenrollando el hilo mientras el papalote se elevaba. Ganaba el que más alto lograba elevar al papalote. También se premiaban los diseños y los colores, así como los tamaños del papalote. En realidad, el concurso de volar papalotes era una celebración: la llegada del verano, de los vientos previos a la temporada de lluvias que entraba en mayo, al tenor de las flores del Palo de Mayo y la costumbre de la ensarta. Eran actividades comunitarias que testimoniaban la existencia de una pequeña ciudad en tránsito a convertirse en lo que es hoy: una *metrópoli* de múltiples rostros.

Un lugar bastante concurrido en aquellos años de la década de 1950 era el zoológico de Tuxtla Gutiérrez, situado en el parque Madero. Como todo tuxtleco sabe, el zoológico fue fundado por don Miguel Álvarez del Toro, nativo de Colima, quizás el último gran naturalista mexicano. Había llegado muy joven a Chiapas atraído por la variedad faunística del estado, especialmente las aves. Lo que sería una estancia breve de estudio se convirtió en una forma de vida en Chiapas. Gracias a la imaginación creadora de Miguel Álvarez del Toro, Tuxtla Gutiérrez ha tenido un zoológico de gran categoría, al que los habitantes suelen acudir. Así pasaba en mis días infantiles. Pasear por el zoológico era disfrutar el paisaje de Chiapas concentrado en aquel

museo viviente. Uno no se cansaba jamás de ver a los animales en su hábitat, observar la articulación entre flora y fauna, sentir que aquella era la tierra en donde uno nació. Cuando se lee el libro de Miguel Álvarez del Toro, *Así era Chiapas*, lo asalta a uno un sentimiento de nostalgia por aquellos días en que los tuxtlecos vivimos cerca de la naturaleza, disfrutando el Sabinal y el Grijalva, los árboles y las frutas, los animales, el paisaje todo convertido en Casa Común.



## “TE ESTOY ESPERANDO COMO AGUA DE MAYO”

**A** sí saludaban los tuxtlecos a una persona a quien deseaban ver. Se aludía a la llegada de las lluvias, equiparándola con la alegría de encontrarse con alguien muy querido. Mayo era un mes formidable. Las lluvias llegaban puntuales, torrenciales, haciendo que el calor se ahuyentara. Apenas se iniciaban las cascadas, los niños corríamos a ponernos los trajes de baño para salir a empaparnos. La Primera Avenida Sur, por los rumbos de mi casa, se llenaba de chiquillos que con gran alboroto recibíamos las aguas. La llegada de la lluvia tenía olores característicos a tejas húmedas, a tierra mojada. El rumor del agua antes de precipitarse era un anuncio que no fallaba. Era un sonido agradable. Con la lluvia coincidían las flores de mayo, cortadas para hacer las ensartas, collares, que la gente portaba. Recuerdo que en la última semana de abril se celebraba la ensarta de la flor de mayo, no sólo en las casas, sino en los espacios públicos de la Tuxtla de antaño. Este ritual formaba parte de las celebraciones en honor a San Marcos, el patrón de la ciudad de Tuxtla, en cuyo honor se celebraba la feria. Era grande la expectativa por la llegada de la feria hacia la mitad del mes de abril, que finalizaba en la última semana de ese mes, justo para dar entrada a las lluvias de mayo. La feria de San Marcos se instalaba en el centro de la ciudad, ocupando una parte de la avenida Central cuando ésta era de un solo sentido. La atracción principal era la de *las coletas*, las comerciantes que venían de San Cristóbal de las Casas e instalaban sus puestos de dulces, juguetes y un sinnúmero de artículos. Las coletas vendían los juguetes de madera, que eran muy demandados. Ahí estaban las palomas uncidas a un palo de escoba, con aletear sonoro cuando se les empujaba y hacía rodar; los boxeadores montados sobre una barra de madera, frente a frente, combatían en cuanto accionábamos el botón colocado en medio de ellos. La culebra, con un clavo por lengua, se extendía moviendo cada una de sus partes mientras uno la sujetaba de la cola y la dirigía hacia alguien. El trapecista



daba maromas una vez que se apretaban los postecillos del que pendía sujeto con hilos. Los carritos hechos a escala no podían faltar en aquel despliegue de la imaginación de los constructores de juguetes, al igual que los valeros y los yoyos. Eran el disfrute de los niños y, en general, de la población tuxtleca. Los niños abarrotaban la feria subiendo a los caballitos, la rueda de la fortuna o ejerciendo la puntería en los stands de tiro al blanco. Uno podía permancer desde el amanecer hasta el anochecer en la feria de San Marcos, que también contaba con puestos de comida. Las garnachas, el tasajo con chismol, los tamales, el pan coletito y el de coita, hacían las delicias de los comensales en aquellas noches de *bullanguería* coneja. Muy concurrida era la carpa del *niño sapo*, un personaje que se exhibía a medias luces y que hablaba diciendo por qué se había convertido en sapo: por desobedecer a sus padres. Contaba una triste historia que debería de servir de ejemplo para que los niños aprendiéramos a seguir la guía de los padres. Por cierto, no pasó mucho tiempo antes de que en Tuxtla se impusiera el apodo de *niño sapo*, lo que provocaba hilaridad cada vez que aparecía el niño aludido.

Solía deambular por la feria gastando las monedas que me daban mis abuelos y mis padres. Disfruté mucho los caballitos y los dulces. La feria se levantaba con las primeras gotas de agua, con el murmullo del tiempo. Entonces, cuando uno se encontraba con alguien querido, se decía: “te estoy esperando como agua de mayo”. Aquellas lluvias señalaban el fin de la fiesta popular, pero anunciaban la llegada del verdor, de las flores, de un tiempo en que el calor era dominado. Ciertamente, la frase connotaba afecto, pero también disfrute de la naturaleza convertida en un objeto cultural: los collares de flores. La actividad comunitaria surgía de nuevo en la reunión de las personas para llevar a cabo las ensartas. Así, mientras veíamos cómo las coletas desmantelaban sus puestos y guardaban sus artículos o los juegos mecánicos, cómo “los caballitos” se desarmaban, también disfrutábamos de las aguas de lluvia y las flores, los juegos bajo los torrentes, las carreras de barquitos de papel que transcurrían en las corrientes de agua que circulaban por las calles de Tuxtla. No privaba aquello de que la llegada de las lluvias era “mal tiempo”, sino todo lo contrario: las lluvias eran bienvenidas porque se integraban a la vida comunitaria de Tuxtla.

Sensación muy grata me producía la llegada de la noche con las lluvias y los truenos. Cuando pienso en ello me viene el recuerdo del

arrullo que el sonido del agua significaba para mí. A la par, por las ventanas entraba el olor a tierra mojada que despertaba recuerdos de lecturas, de las novelas de Emilio Salgari, y su descripción de las lluvias en los trópicos asiáticos o de las que caían sobre los barcos pirata mientras enfilaban sus proas hacia el mar Caribe. Me imaginaba a Sandokán, *el Tigre de la Malasia*, y a Yáñez, su lugarteniente portugués, abriéndose paso por la maleza, venciendo a una naturaleza inexplorada para alcanzar sus propósitos de aventurero. Era el tiempo exacto para leer *La Capitana del Yucatán*, un prodigio literario en el que se describe la furia del mar Caribe y el ingenio y la valentía de los marinos para lidiar con ello, además, dirigidos por una mujer. Las lluvias se prolongaban hasta el mes de septiembre, cuando iniciaban su retirada. Tuxtla Gutiérrez fue una ciudad de dos temporadas: la de lluvias y la de secas. Las famosas cuatro estaciones se me hicieron patentes hasta que me fui a estudiar a Estados Unidos, estando en Long Island, en donde cada estación se presenta puntual: primavera, verano, otoño e invierno. En aquella Tuxtla de mi niñez, no sucedía ese desfile de estaciones, pero sí la alternancia que seguiremos esperando “como el agua de mayo”.



## EL FIN DE AÑO

Septiembre ha sido y es, a lo largo y ancho del país, el mes patriótico, el tiempo de los desfiles, las bandas de guerra, la exaltación del nacionalismo mexicano. Aunque todo el año, cada lunes, en la escuela primaria cantábamos el himno nacional y el himno a Chiapas antes de ingresar a las aulas, en septiembre vivíamos presas de las emociones del patriotismo. Desde la primaria hasta la escuela preparatoria participé en los desfiles e incluso fui parte de la escolta, cuando no abanderado, en las columnas del ICACH. Era el tiempo de preparar la ropa blanca y los zapatos negros. Desfilábamos por la avenida Central, de poniente a oriente, para ingresar a tambor batiente, con las bandas de guerra tocando a todo aire, al parque Central en donde estaba situado el antiguo Palacio de Gobierno. Justo en el balcón del inmueble, el gobernador, acompañado de autoridades militares, contemplaba el desfile. Nuestros maestros, justo al pasar las columnas frente al balcón del palacio, gritaban la orden: “¡quince pasos a la derecha, yaaaa!”. Inmediatamente volteábamos el rostro hacia el balcón, mientras cambiábamos al paso de ganso, remarcando, hasta contar los quince pasos, y regresar al que traíamos. Siempre sentí una emoción particular cuando ejecutábamos ese saludo. Por supuesto, el gobernador ni se inmutaba.

Terminado el desfile, las “refresquerías” que estaban justo a un costado de la catedral, sobre la avenida Central, bajo un techado que hoy no existe, eran abarrotadas. Lo más buscado eran los raspados para refrescar el cuerpo. Uno de los puestos más famosos era “el de la Zaira” en donde solíamos apretujarnos en búsqueda del ansiado producto. La bullanguería se prolongaba hasta que llegaba la hora de comer, las 12 del día, cuando todo mundo se dirigía a casa.

No menos solicitada era la cafetería La Fuente, situada en el parque construido frente a lo que fue el atrio de la catedral, domiciliada justo en la esquina de la Primera Avenida Sur y la calle Central, casi

frente a la actual Cámara de Diputados. El propietario era el *Güero* de La Fuente, que tenía fama de ser muy bravo y un día desapareció porque, se decía, mató a alguien que ofendió a su novia ante sus propios ojos. Historias de la Tuxtla de antaño. En esa cafetería, lo más buscado eran los helados, especialmente el de vainilla, que se servía en unas copas, siendo también muy demandado el llamado Tres Marías.

Después de los festejos patrióticos, los tuxtlecos celebraban los festivales escolares, sobre todo los organizados por las escuelas primarias. Cursé el ciclo primario en la Escuela Tipo Camilo Pintado, después en la Escuela 21 de Agosto y finalicé los dos últimos grados en la Escuela Belisario Domínguez, *La Beli*. De esos festivales, los que aún recuerdo son los de la Escuela Tipo, en los que participé. Se han borrado de mi memoria los organizados en las otras dos escuelas mencionadas, pero seguramente alguna participación tuve. Recuerdo que en *La Tipo* se cantaba al final *Adiós muchachos, compañeros de mi vida*, llenando de nostalgias y hasta llantos los escenarios. En aquellos días se iniciaba también la fundación de la educación privada, tanto con el Colegio de Niñas de las monjas, como con el Colegio Chiapas, al que se inscribían los niños de las familias adineradas de Tuxtla. Tuve la fortuna de estudiar en los sistemas públicos de educación, desde la primaria, pasando por la secundaria y la preparatoria hasta la Universidad. Hubo un lapso, un año, en el que cursé seminarios de posgrado en la Escuela de Graduados de la Universidad Iberoamericana en la Ciudad de México, siguiendo a quien fuera uno de mis mentores, el doctor Ángel Palerm, a quien le debo buena parte de mi formación como antropólogo. Pero aun mi estancia de posgrado en Estados Unidos, la hice en la Universidad Pública del estado de Nueva York en el campus de Stony Brook, además, becado por la propia universidad.

Parte de mi educación en la niñez transcurrió también en la Iglesia católica. Por las tardes acudíamos a las lecciones de catecismo y leíamos el que preparó el padre Ripalda y escuchábamos las explicaciones del párroco. Tuve la suerte de que nunca me pasó nada y tampoco escuché de ningún problema con los sacerdotes. Mis lecciones de catecismo se continuaban en la librería de mi abuelo porque él tenía empleado a un personaje singular, don Pedro Aqué, que resultaba ser el sacristán de la catedral. Así que este personaje me explicaba los *misterios*, que para mí siguen sin develarse, mismos que me daban vueltas en la cabeza durante un buen rato. De adolescente, llevado de la mano de mi

madre, acudí a las iglesias evangélicas. Primero, a la Iglesia Nacional Presbiteriana, situada a la vuelta de mi casa, en la Segunda Avenida Sur. Me queda el recuerdo de la familia de Tito Rubín y de la familia de don Alfonso Marín, destacados feligreses de esa iglesia. Me llamó la atención en esa iglesia, un archivo de revistas y folletos que guardaba celosamente la comisión de historia de la iglesia. Allí leí un folleto que relataba cómo habían llegado los misioneros presbiterianos a Tuxtla, comandados por don Juan Kemper, a quien logré conocer. La revista *El Faro* contenía varios textos históricos. Un tiempo después, mi madre cambió de denominación y llegamos a la Iglesia del Nazareno, situada al final de la Primera Avenida Norte. De esa iglesia recuerdo a la familia Sol, a don Lauro Sol, el pastor; a su esposa Ofelia Luna de Sol; y a sus hijos Benjamín, Jonatán y Berenice. Por cierto, el inspector de las iglesias del Nazareno en Chiapas fue don David Sol, a quien recuerdo siempre elegante, de corbata y portafolio. De ese paso por las iglesias evangélicas, que mi padre veía con recelo y enojo, aprendí a leer la Biblia y quizá, desde aquellos días, me surgió la inquietud de entender qué sucedía con los cambios religiosos. Lo que de niño estaba muy desdibujado en mi mente, se aclaró con el entrenamiento antropológico. Al fundar el CIESAS-Sureste, justo el primer proyecto colectivo de investigación desarrollado desde la institución fue el de estudiar la presencia de los núcleos evangélicos en los estados de la frontera sur. Los resultados se publicaron en una serie titulada *Religión y Sociedad en el Sureste de México*, publicada por dicha institución en una colección nacional llamada Cuadernos del CIESAS.

Hubo un momento, durante mi adolescencia, en que mi experiencia religiosa osciló entre las lecciones de la escuela dominical y los *cultos* de las iglesias evangélicas y las visitas a mis nanas, católicas, que justo hacia el fin de año se dedicaban a vestir niños dioses, que eran usados en las “nacidas” y en “las sentadas” de niño, durante la temporada de posadas en el mes de diciembre. En los días previos a la celebración de la Navidad, se llevaban a cabo las posadas, con los cánticos y los dulces de temporada, sobre todo, las hojuelas con miel (llamadas buñuelos en otras partes del país), que disfruté de forma especial. Prácticamente en todos los barrios de Tuxtla había posadas y uno podía ir de una a otra sin problema. En casa de mis nanas, Clarita y Florita, la actividad era intensa por la cantidad de encargos que recibían. La gente llegaba una tras otra preguntando si ya estaba listo su

Niño Dios. Mientras trabajaban mis nanas, yo solía jugar en la huerta, pero una parte del tiempo me la pasaba viéndolas y acosándolas con preguntas que me respondían con esa actitud pedagógica que mantuvieron toda su vida. En mis años de estudiante universitario llevé a Barbro Dahlgren y su amiga, una antropóloga polaca cuyo nombre se me escapa, a platicar con mis nanas. Justo una buena parte de la conversación versó sobre la religiosidad del pueblo zoque y la actividad que desarrollaban mis nanas como vestidoras de santos. Barbro y su amiga degustaron la mistela de jocote que hacían mis nanas, además de las hojuelas. Por cierto, ese viaje con Barbro y su colega fue una experiencia especial, pues viajamos en el auto de la Nena Dahlgren, como le decíamos; tuve el privilegio de conversar con aquellas antropólogas, para mí, clásicas, y aprender lecciones que después desarrollé justo en el estudio de la religión.

Otro de los atractivos del fin de año en Tuxtla, sobre todo iniciando el mes de diciembre, era el Nacimiento de El Mudito, una obra de arte de quien lo elaboraba. El creador de este nacimiento, un personaje que conocíamos como *El Mudito*, por obvias razones, construía un enorme nacimiento en la sala de su casa situada en la avenida Central. Al concluir abría las puertas de su casa para recibir a quien deseara admirar aquella obra de arte. Ahí estaba el pesebre con el Niño Dios, María y José, a su lado. La escena con los tres Reyes Magos guiados por la estrella del Oriente, no podía faltar. Ríos, cascadas, arroyos, valles, árboles, una fauna variada se mostraban en aquel maravilloso nacimiento que hacía las delicias de la tuxtlecada. ¿Qué se hizo El Mudito?, me he preguntado muchas veces. Me queda el recuerdo de lo mucho que disfruté, de cómo despertó mi imaginación, aquel nacimiento que formó parte de la vida cultural del Tuxtla de antaño.

## EPÍLOGO

La niñez y la adolescencia llegaron a su fin. Comenzó un nuevo derrotero. Ahora había que afrontar la vida de estudiante universitario lejos de la Tuxtla Gutiérrez en la que nació y crecí. La falta de un recinto universitario en Chiapas nos obligaba a emigrar a quienes deseábamos seguir estudiando y cuyos padres o familias podían afrontar el gasto que significaba desplazarse a vivir a otra ciudad. No existe una reflexión acerca del costo social para Chiapas de esta emigración de sus jóvenes. Los destinos universitarios más buscados eran la Universidad Nacional Autónoma de México en el Distrito Federal; la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca y la Universidad Veracruzana. La mayoría de los jóvenes tuxtlecos egresados del ICACH nos dirigíamos a la Ciudad de México, al entonces Distrito Federal, para estudiar las únicas carreras de las que hablábamos escuchado: Medicina, Ingeniería y Derecho. No sabíamos de otras opciones. Es estando en la Ciudad de México que uno se enteraba de la cantidad de alternativas que ofrecía la Universidad o de las ofertas de educación superior existentes en aquel Distrito Federal que me tocó vivir. Por eliminación elegí inscribirme en la Facultad de Ingeniería. No me veía a mí mismo como médico, y menos como abogado. Creía que ingeniería sería el destino más seguro. Pero en mi morral de la niñez y la adolescencia llevaba las vivencias de la Tuxtla Gutiérrez que me tocó vivir y ellas apuntaban hacia otros lados. Sin embargo, mi paso por la Facultad de Ingeniería me sirvió para aquilatar el valor de la vida universitaria y los aprendizajes que allí tuve. Gracias a mi estancia en la Ciudad Universitaria aprendí a escuchar a una orquesta sinfónica, a acudir a conferencias y debates, a discutir películas que estaban fuera del circuito comercial y, sobre todo, a experimentar la variedad de la vida universitaria. En la Universidad me encontré con los jóvenes que provenían de diferentes rumbos mexicanos. Allí estaban los nortteños con



su hablar “golpeado” pero cálido; qué decir de los jóvenes de oriente, los veracruzanos, con su alegría desbordante; los campechanos eran un dechado de paciencia y buen humor; los mismos jóvenes chilangos fueron para mí un descubrimiento, con su manejo sagaz del idioma y su inventiva. La verdad es que llegué a tener apego a aquella Ciudad de México de la vida universitaria y extra aulas, la convivencia popular en los mercados, los cines, las cantinas, las calles atestadas de gente, los teatros de revista, los salones de baile y sus grandes orquestas, la penuria misma de la vida estudiantil, que exigía aguzar el ingenio para comer y divertirse.

Aquella frase de mis nanas, “te vas vaina, no vengás machete”, no me impidió ir adentrándome en la vida del D.F., ese lugar irreplicable al que le cantó Chava Flores o que analizó Gabriel Vargas a través de *La Familia Burrón*, genial cómic que llegó a tirar medio millón de ejemplares. Pero esa frase me sostuvo en el recuerdo de mi niñez en la Tuxtla Gutiérrez de mis años infantiles y fue como un escudo para saber de qué defenderme o qué asimilar como lecciones duraderas. Mi paso por la Universidad Nacional fue básico para adaptarme posteriormente al complejo orbe de la vida estudiantil en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y egresar de ella con la convicción de que mi destino estaba enlazado a la antropología, no sólo como una rama del saber, sino como una visión de la vida.

El regreso a Tuxtla Gutiérrez desde el D.F. en la época de vacaciones, fue también un tiempo de aprendizajes. Me permitió observar y disfrutar las variadas formas de ser de las gentes de las diferentes regiones del país, mientras el autobús de la línea Cristóbal Colón, lleno de estudiantes chiapanecos, atravesaba buena parte del territorio nacional. La primera parada en Cuautla era contrastante con la de la Ciudad de México por sus tamaños y el pórtico de entrada al mundo del sur. Todos los pasajeros, con alguna excepción, éramos los jóvenes estudiantes que volvíamos a casa para disfrutar de la familia y las fiestas decembrinas. Las bromas dentro del autobús eran frecuentes y había que cuidarse de no ser el objeto de alguna de ellas y convertirse en el hazmerreír de los viajeros. La parada en Cuautla era esencial para prepararse a enfrentar las contingencias de un larguísimo trayecto que, por lo general, exigía 24 horas de permanencia en aquellos autobuses. El paso por el Istmo de Tehuantepec ocurría ya en las primeras horas de la mañana, hacia las seis o siete, con los viajeros



Foto 14. Con mi madre, mi hermana Mari Carmen, mi sobrina Olga y mis hijas: Mariana y Marisol. Don Ventura, 1994.

adormilados y cansados por la vigilia a la que las bromas nos sometían. Había quienes dormían con la boca abierta y eran presa fácil de las muchachas *juchas* que se subían al autobús en Juchitán a vender jugos de naranja. Escogían a su víctima siguiendo el criterio de quién tenía más abierta la boca y ahí vaciaban el jugo. La desafortunada víctima se despertaba sobresaltada mientras escuchaba el reclamo de la vendedora: “¡págame mi jugo!”. Una larga discusión se iniciaba, lo que atraía a más vendedoras que armaban tal escandalera, que el jugo terminaba siendo pagado para calmar aquel alboroto *juchi*. No era extraño que alguna de estas muchachas ofreciera a alguno de nosotros quedarse, con el atractivo de que tendríamos casa y dinero. “Quedate, vos meco”, decían, “te conviene”. Era un asedio que sólo finalizaba al ponerse el autobús en movimiento. No era extraño que las muchachas *juchis* siguieran insistiendo y persiguieran el autobús a la carrera mientras las veíamos por las ventanas agitar las manos, llamándonos a gritos. No recuerdo a nadie que haya respondido a esos llamados.

Lo que recuerdo es el aprecio de uno de los productos más buscados para consolidar aquellos despertares: el agua de coco. Nos sorprendía el joven descamisado que, armado con un machete, con gran

habilidad partía el preciado fruto para permitirnos sorber el agua y después entregarnos el coco en trocitos, que consumíamos con sal, chile y limón. Para muchos era la última comida antes de llegar a Tuxtla, puesto que habíamos gastado nuestros magros recursos en el camino. La llegada a Coita hacía que nuestros corazones brincaran ante la cercanía de Tuxtla. La entrada a la ciudad capital de Chiapas despertaba la algarabía. Finalmente, el autobús llegaba a la terminal situada en medio de la ciudad, en la que solían estar nuestros familiares esperando nuestro arribo. En mi caso, era mi madre quien me recibía y transmitía la alegría por mi regreso a la ciudad natal, el escenario de mi niñez y adolescencia. Con ello, para mí, se iniciaban las fiestas de diciembre, las visitas a casa de Florita y Clarita, al maestro Eduardo Javier Albores (ritual que no me perdía), a la reunión con los compañeros del ICACH y el disfrute de las maravillosas cantinas tuxtlecas y teraleñas y, por supuesto, la cena de Navidad en familia y la espera del Año Nuevo con los amigos. Las fiestas en el rancho de don Emilio Grajales, *El Canelar*, padre de mis amigas Myriam y María Elena, son inolvidables y sello de aquellos días de diciembre en Tuxtla.

Paulatinamente, la influencia de quienes regresábamos en vacaciones, la mayoría estudiantes en la Ciudad de México, se fue imponiendo en la gastronomía tuxtleca. Así, los tacos estilo D.F. empezaron a venderse con éxito en varios locales tuxtlecos y se añadieron a las garnachas, el pollo de pollera, el tasajo con chismol. Saboreábamos el pozol y el tascalate, nuevamente. Durante mi niñez acudía a beber el pozol que expendía un par de mujeres situadas a la puerta de la catedral. Disfrutaba mucho ese momento. Durante algunas vacaciones continué visitando aquel puesto hasta que, un buen día, no lo encontré más. Uno de esos días decembrinos acudí a beber mi pozol. Era el año de 1968. Me dejé crecer la barba durante el tiempo en que transcurrió el movimiento estudiantil que terminó con la masacre del 2 de octubre. Aún encontré a aquella pareja de tuxtlecas que vendían el pozol en aquel puesto a un costado de la puerta de la catedral de San Marcos. Llegué, saludé, solicité mi pozol y me di cuenta de que aquellas mujeres no me reconocieron. Llamé su atención diciendo: "soy Andresito, ¿no me reconocen?", a lo que, mirándome fijamente, respondieron con alegría: "Sí, pué. Es que parecés rey antiguo". En efecto, mi barba, les hizo ver en mí a aquellas mujeres, una viñeta de calendario, lo que me despertó la hilaridad. Con ese Tuxtla en mi

mente regresaba a la Ciudad de México. Pero, al fin, aquella ciudad creció, desapareció la terminal de los autobuses frente a la catedral que enlazaba a Tuxtla con Chiapa de Corzo; desaparecieron El Correito y el local del Ateneo; se abrió la avenida Central para convertirse en la calle de “voy y vengo”. La Librería de mi abuelo dejó de ser de la familia. Cayó bajo la picota dirigida por mentes ignorantes, el maravilloso edificio de La Prevo; se fueron los árboles de nambimbo del parque Central y las refresquerías. A Tuxtla llegó la anomia mientras desaparecían la vecindad y el sentido de comunidad. El parque Central, con su hermosa pérgola, cayó para surgir una plancha inmensa con ceibas enanas que traspasaron el piso e hicieron peligroso el estacionamiento. Los edificios iconos de Tuxtla fueron sustituidos por masacotes de concreto estilo estacionamientos del D.F. Feos. En donde debió erigirse un gran centro cultural, se estacionó la mediocridad arquitectónica que impidió para siempre las reuniones de los tuxtlecos en el corazón de su ciudad. El restaurante Flamingos, situado en el Pasaje Zardain, ha cerrado. Un nuevo mundo urbano se levanta en Tuxtla Gutiérrez, sólo que imitando lo peor del capitalismo salvaje, que es la destrucción de su historia arquitectónica. Lamentable.

Con todo ello, sigo disfrutando las visitas a Tuxtla. De vez en vez se escucha el voceo, el castellano que algún tiempo se habló en la ciudad, antes de que la televisión defeña uniformara el habla del país. El pozol de Chiapa de Corzo sigue siendo una bebida para el alma. La Pilona está en pie, recordando un proceso histórico: el de la forja de Chiapas. El espíritu de los arrieros del agua, gracias a la pluma talentosa de Carlos Navarrete, acompaña el devenir de los chiapacorceños. La poesía de Marisa Trejo Sirvent lleva los ecos de un Tuxtla que persiste en la sensibilidad de sus creadores. La palabra sigue siendo venerada en la Tuxtla actual como lo fue antaño, en aquellas calles pueblerinas surcadas por el ingenio de la tuxtlecada. Una nueva generación de voces garantiza la continuidad de la palabra mestiza que decían mis nanas. Todo ello es un disfrute.

Con el paso de los años aprecio aún más haber nacido en Tuxtla Gutiérrez, en tierra de cultura centroamericana y de comunidad política mexicana. Haber pasado mi niñez y mi adolescencia en una ciudad-comunidad, me dotó del apego a percibir a la gente, a disfrutar el habla creada en la vida cotidiana, a valorar la fuente de la que emanan el sentido común y la alegría. Mis circunstancias de hijo de emigrados,

mi abuelo materno y mi padre, me inculcaron el aprecio de la variedad cultural y a fijarme en la posibilidad infinita de la comunicación humana. Las raíces chiapanecas de mi abuela y mi madre, de mis nanas, variadas culturalmente también, me facilitaron la comprensión de lo que este país mexicano porta como su riqueza mayor: la diferencia articulada de la Cultura. En contraste, la desigualdad social que en la Tuxtla actual se percibe a primera vista, sigue siendo el flagelo de la convivencia entre los mexicanos. Por ello, vienen a mi memoria aquellos días infantiles y adolescentes en los que las diferencias de clase quedaban mitigadas. Aprecio, a la distancia, el haber cursado mi educación primaria, secundaria y preparatoria en los establecimientos públicos de educación, porque ése fue el ámbito en el que las clases sociales se mezclaban. Fue ese factor lo que me permitió conocer a una Tuxtla que, de otra forma, jamás hubiera percibido. En la escuela no hacíamos distinción. Todos éramos compañeros y compañeras. Hasta la organización de los combates a puño limpio debían guardar el compañerismo. Nuestra arena de combate era la canchita de basquetbol frente a la iglesia de San Roque. Los combatientes debían quitarse la camisa, vaciar los bolsillos y pelear a puño limpio, sin trampas, so pena de perder la pelea quien se atreviese a asestar golpes prohibidos. Recuerdo el gran combate entre Kiko Esquinca y la Bestia Interiano, como un momento de emoción especial en mi paso por el ICACH. Llegados a la cancha de basquetbol, el terreno de la pelea, y después de observar todos los pasos previos, el réferi poniendo su mano en medio de los contendientes ordenó: “¡quien escupa primero!” y retiró rápidamente la mano. Kiko y la Bestia empezaron a darse de golpes. Eran los más robustos de toda la prepa. Cada golpe era coreado por quienes observábamos aquel singular encuentro. El combate siguió por largas horas. La sangre emanó del rostro de ambos. Hasta que el cansancio venció a dos peleadores que ya no podían ni levantar las manos y se decretó el fin del combate. Pasaron los años. Kiko Esquinca llegó a la Presidencia Municipal de Tuxtla Gutiérrez y, tiempo después, como presidente del Instituto Estatal Electoral se aprestaba a leer su informe. Una mañana del año de 1993 me invitó a que lo acompañara a escuchar su discurso en el Auditorio de las Instituciones, en Tuxtla Gutiérrez. Recuerdo que el gobernador Elmar Setzer me pidió que fuésemos juntos. El Auditorio estaba abarrotado, pero al gobernador siempre se le reservan sillas en la primera fila. Sentados y listos para

escuchar el discurso, vimos cómo Kiko se dirigía al podio y extendía sus hojas. Levantó el rostro y alcanzó a pronunciar: “perdón”, antes de caer desmayado. Corrí presto junto con otras personas y logramos llevar a Kiko a un hospital, pero el destino estaba sellado. Enrique Esquinca murió aquella mañana en Tuxtla Gutiérrez, su tierra natal.

Una palabra más sobre la Memoria. Escribir desde ella es un ejercicio para situarse, no sólo personalmente dentro de un proceso, sino para comprender los resultados del mismo en el presente que vivimos. Una de las grandes lecciones que nos enseñaron Eric Hobsbawm, Lawrence Krader y Ángel Palerm es que la historia la hacemos los seres humanos, lo que nos dota de la capacidad de transformarla. La Historia (con mayúsculas) es lo que hacemos y deshacemos. Y ello forja procesos que resultan en los presentes y en las potencialidades de cambio que es posible localizar en los entramados de las relaciones sociales que vivimos. A través del ejercicio de la memoria y la reflexión es posible comprender por qué el siglo xx fue un tiempo de rupturas. La transformación de Tuxtla Gutiérrez es un ejemplo de ello en medio de la proliferación de cambios suscitados en el siglo pasado. La memoria es auxiliar básico para la reflexión del presente convulso y del tiempo de incertidumbres que lo acompañan. ¿Estamos huérfanos de guías que orienten el camino de los pueblos?, ¿hemos llegado al grado de confusión que nos incapacita para vislumbrar el futuro? Repasemos con la memoria cómo arribamos a nuestra actualidad para tratar de encontrar las respuestas al devenir de la Cultura.

Ajjic, Ribera del Lago de Chapala, Jalisco  
A 21 de mayo de 2018



## SUGERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

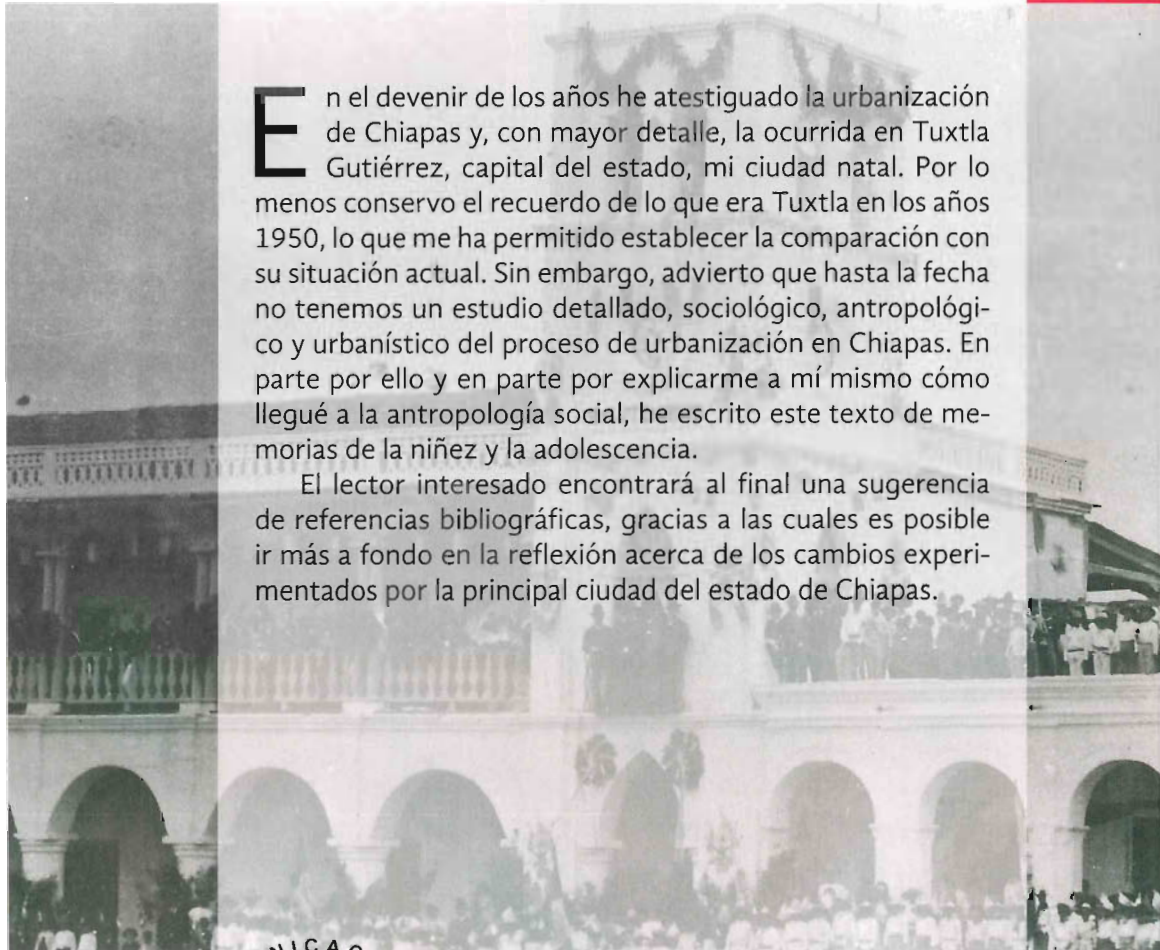
Las siguientes sugerencias de lectura no constituyen una bibliografía exhaustiva acerca de Tuxtla Gutiérrez. Su propósito es ofrecer al lector interesado una serie de lecturas que le proporcionarán más información. En varias de las lecturas, el lector encontrará citas bibliográficas que le completarán la información bibliográfica pertinente.

- Albores, Eduardo Javier. *Monografía de Tuxtla Gutiérrez*. Tuxtla Gutiérrez, México: Instituto Chiapaneco de Cultura, 1993.
- Castañón, Fernando. *Cosas de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, México: Gobierno del Estado de Chiapas, 1979.
- Castañón, Fernando. *Documentos inéditos para la historia particular de Tuxtla Gutiérrez*. Tuxtla Gutiérrez, México: Universidad Autónoma de Chiapas/ Instituto Chiapaneco de Cultura/Congreso del Estado de Chiapas, 1992.
- Cordry, Donald y Dorothy M. Cordry. *Trajes y tejidos de los indios zoques de Chiapas, México*. Traducción del inglés de Andrés Fábregas Puig, Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del estado de Chiapas/M.A. Porrúa, 1988.
- Fernández Castillejos, Efraín. *Un profeta en su tierra. Apuntes autobiográficos*. Tuxtla Gutiérrez: Universidad Intercultural de Chiapas/Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2005.
- Maza, Tito. *Historia del deporte en Tuxtla. 1908-1960*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2014.
- Montiel, Gustavo. *Las calles de la antigua Tuxtla*. México: Costa Amic, 1975.
- Ramos Maza, Roberto (coord.). *Zoques de Tuxtla*. Tuxtla Gutiérrez, México: Instituto Tuxtleco de Arte y Cultura, 2017.



*TRAZOS DE MEMORIA*  
*Niñez y adolescencia en la Tuxtla Gutiérrez de los años cincuenta*  
se terminó de imprimir en septiembre de 2018

[www.edicionesdelanoche.com](http://www.edicionesdelanoche.com)



**E**n el devenir de los años he atestiguado la urbanización de Chiapas y, con mayor detalle, la ocurrida en Tuxtla Gutiérrez, capital del estado, mi ciudad natal. Por lo menos conservo el recuerdo de lo que era Tuxtla en los años 1950, lo que me ha permitido establecer la comparación con su situación actual. Sin embargo, advierto que hasta la fecha no tenemos un estudio detallado, sociológico, antropológico y urbanístico del proceso de urbanización en Chiapas. En parte por ello y en parte por explicarme a mí mismo cómo llegué a la antropología social, he escrito este texto de memorias de la niñez y la adolescencia.

El lector interesado encontrará al final una sugerencia de referencias bibliográficas, gracias a las cuales es posible ir más a fondo en la reflexión acerca de los cambios experimentados por la principal ciudad del estado de Chiapas.



**FONDO EDITORIAL  
UNIVERSITARIO**

ISBN 978-84-17523-16-9



9 788417 523169